

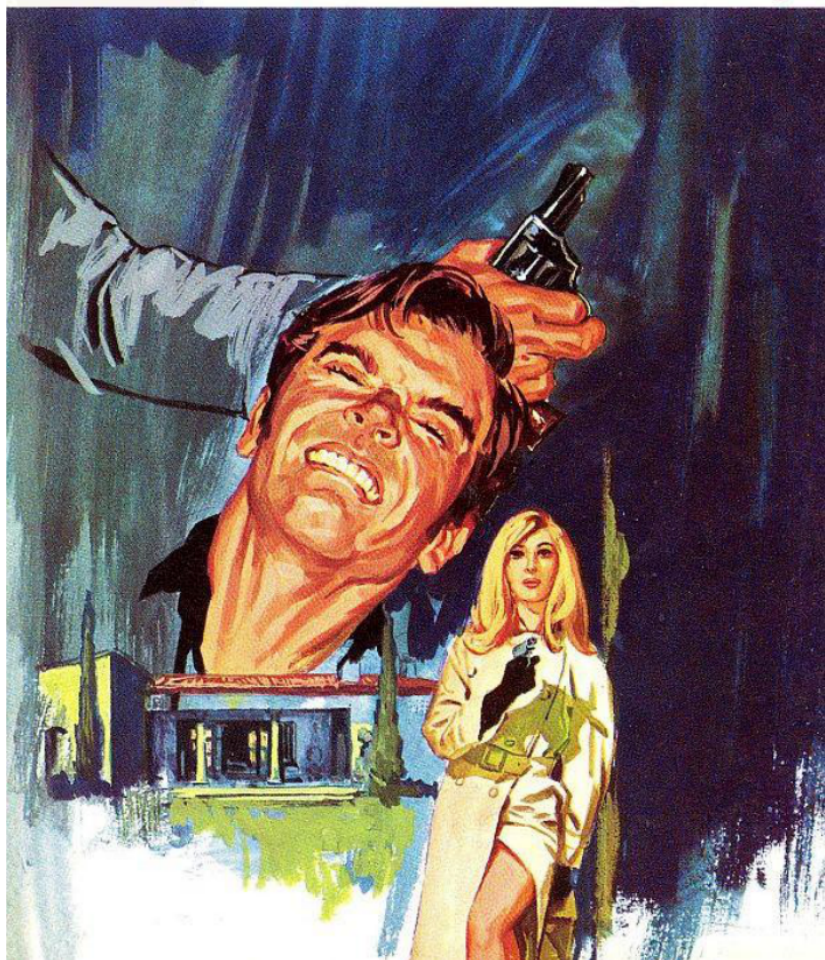
BOLSILIBROS



SERVICIO SECRETO

cuatro mujeres y un cadáver

cliff bradley



Cuando uno se marcha al fin del mundo, siempre es por razones poderosas. Era el caso de Terry Nelson.

La pequeña ciudad de Blenheim, capital del distrito de Marlborough, en la isla Sur de Nueva Zelanda, estaba, como todo el mundo que ha ido algún tiempo a la escuela debería saber, más o menos en el fin del mundo, visto con la óptica de un londinense. Naturalmente, para un habitante de Blenheim, su ciudad es el ombligo del mundo y Londres algo así como otro planeta. Diferencias de perspectiva.

Blenheim era un pequeño paraíso. Apenas diez mil habitantes, un mar intensamente azul, una campiña intensamente verde, apenas automóviles, casi ninguna industria y absolutamente ninguna polución atmosférica. De la otra tampoco demasiada, los neozelandeses suelen ser gente de muy sanos principios.



Cliff Bradley

Cuatro mujeres y un cadáver

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1157

ePub r1.0

Titivillus 30-11-2019

Título original: *Cuatro mujeres y un cadáver*
Cliff Bradley, 1972

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Cuando uno se marcha al fin del mundo, siempre es por razones poderosas. Era el caso de Terry Nelson.

La pequeña ciudad de Blenheim, capital del distrito de Marlborough, en la isla Sur de Nueva Zelanda, estaba, como todo el mundo que ha ido algún tiempo a la escuela debería saber, más o menos en el fin del mundo, visto con la óptica de un londinense. Naturalmente, para un habitante de Blenheim, su ciudad es el ombligo del mundo y Londres algo así como otro planeta. Diferencias de perspectiva.

Blenheim era un pequeño paraíso. Apenas diez mil habitantes, un mar intensamente azul, una campiña intensamente verde, apenas automóviles, casi ninguna industria y absolutamente ninguna polución atmosférica. De la otra tampoco demasiada, los neozelandeses suelen ser gente de muy sanos principios.

Pero a Terry Nelson, cuya mente estaba deformada, y cuyos gustos hallábanse estragados, por lo que hemos dado en llamar civilización occidental Blenheim le resultó desoladoramente mínimo, recoleto y horro de interés. Echaba de menos la miásmica, degeneradora y corrupta Europa. Pobre hombre...

A las veinticuatro horas de su llegada a Blenheim ya estaba harto. Por eso alquiló un turismo en el único establecimiento donde los alquilaban pagó un anticipo de seguridad muy razonable y abandonó la apacible población para excursionar un poco. En todo inglés existe una chispa aventurera ya se sabe.

El caso es que se encontraba exactamente a treinta y ocho millas de la ciudad de Blenheim al atardecer de un hermoso día de noviembre —que en el hemisferio Sur es primavera—, cuando sufrió la avería.

Que un automóvil sufra una avería es algo tan corriente como que salga el sol o que los platos de un hotel de lujo en una costa turística los sirvan siempre mal condimentados. En la vieja Europa la cosa no tiene más «pega» que la de llamar a un taller de reparaciones próximo y esperar a que le arreglen a uno el coche yéndose a cualquier albergue de carretera. País hay donde uno no

duerme pensando en lo que le costará la reparación, a veces casi tanto como pagó en su día por el coche nuevo.

En Nueva Zelanda es diferente. Para comenzar, allí a ningún taller de reparaciones se le ocurriría cobrar ni un penique —bueno, ahora son centavos— más de lo justo por el trabajo realizado, amén de realizar un trabajo concienzudo. Allí existe un sentido de la ética y la justicia muy perfeccionado. Claro, están en las antípodas de..., Europa. Pero además...

Además, en Nueva Zelanda están muy lejos aún de tener problemas demográficos. Según los últimos datos oficiales, la densidad demográfica del país es de nueve habitantes por kilómetro cuadrado. La de la isla Sur, cinco.

La del distrito de Marlborough, exactamente dos y medio. Desde luego es muy difícil para un, digamos, madrileño de origen o adopción, un barcelonés o un bilbaíno en idénticas condiciones, imaginarse un mundo donde cada familia dispone, exactamente, de kilómetro y medio de espacio absolutamente libre de vecinos, transistores, automóviles, latas y botellas vacías, cubos de basura sin recoger, guardias municipales, cobradores de todo lo cobrable y demás enemigos del hombre y su paz. Quizá si viajaron por las parameras castellanas puedan darse una ligera idea...

Vivir en el paraíso tiene muchísimas ventajas y alguna que otra desventaja. Por ejemplo, Terry Nelson descubrió que en todo lo que alcanzaba su vista, y la tenía muy buena, no aparecían señales de vivienda humana. Por el hecho de circular por una carretera secundaria no había tampoco ningún teléfono a mano. Recordaba que pasó el último, bonito y chico pueblo, aproximadamente unas diez millas más atrás. Y estaba cayendo la noche, eso sí, sin prisas, porque en la isla Sur de Nueva Zelanda los crepúsculos son larguísimos, debido a su cercanía al Polo.

Entre las muchas habilidades de Terry Nelson no parecía hallarse la mecánica. De hecho manipuló un poco en el motor y eso fue todo. Después suspiró, tomó su chaqueta y echó a andar. Era de esos individuos impulsivos que no saben sentarse a esperar los acontecimientos.

Caminó un par de kilómetros escasos. Y luego se detuvo.

Se detuvo porque tenía delante uno de esos paisajes con los que sueña, de día y de noche, dormido y despierto, cualquier habitante

de una macrópolis moderna. Concretamente un bellissimo y silencioso valle no ancho, encajonado entre dos hileras de colinas cubiertas de abundosa vegetación, aunque menor que la del propio valle, por cuyo centro corría un tranquilo y relativamente caudaloso río en dirección al mar, o sea hacia el Noroeste. Pero, además, en aquel valle había una casa.

Una casa... Todo un hermoso valle para una sola casa... A uno se le llena de agua la boca al decirlo. Y era la pura verdad. Allí,alzada sobre un terraplén de la ladera de una de las colinas, en estratégica posición, a cosa de trescientos metros de la carretera y a unos ochenta sobre el fondo del valle, alzábase una hermosa casa con paredes de piedra rojiza, techos ligeramente inclinados, balcones y amplia terraza con pérgola. El sueño de un pluriempleado...

Aunque no se distinguían luces en ella, Terry Nelson no perdió las esperanzas. Con renovado ánimo movió sus largas piernas y abandonó la carretera siguiendo el camino privado que conducía a aquella casa. Había un rótulo clavado en un poste, indicando claramente la denominación de la finca y la de su propietario. «The Mest. H. C. Jewell». Desde luego, aquel señor Joya había sabido encontrar un magnífico engarce para su persona...

Había un jardín, pequeño y muy cuidado, junto a la casa. La terraza estaba construida con piedra volcánica, era amplia, tenía una balaustrada pintada de blanco y tenía casi de todo lo necesario para el solaz de sus propietarios.

También un perrazo que surgió de repente por la esquina de la casa, las orejas tiesas y el gruñido amenazador; un animal del tamaño de un tigre, al menos eso le pareció al de pronto alarmado Nelson, que inició una retirada estratégica disponiéndose a poner algún obstáculo entre su persona y los dientes del animal.

Entonces apareció ella.

Era alta, esbelta y bien formada, tenía una hermosa cabellera leonada y ciertamente mucho atractivo físico. También una magnífica escopeta de caza de doble cañón. Contuvo al perrazo con una voz conminatoria y apuntó la escopeta a Nelson, conminándole con frialdad a decir su identidad y propósitos. Nelson se apresuró a manifestárselos coa su mejor sonrisa. Aquella amazona tenía derecho a mostrarse precavida, caramba...

Se estaba mostrando algo más que precavida.

—De modo que su coche se estropeó... ¿Y qué estaba haciendo por esta parte del país?

—Simplemente, turismo. Bueno, tal vez decida adquirir alguna pequeña propiedad en la región, estaba averiguando sus posibilidades.

—Y se le ha estropeado el coche muy oportunamente...

—Yo diría que todo lo contrario. Pero, claro, ya se sabe lo que pasa con esos coches alquilados...

—¿Qué avería tiene?

—Eso sí que no lo sé. Mis conocimientos de mecánica son nulos. Hizo «¡puf!», luego una serie de ruidos raros y se paró. Ya no lo pude poner en marcha. Si es tan amable de dejarme usar su teléfono para avisar al pueblo más cercano...

—Acérquese. —El perrito...

—No le hará nada.

Ella parecía haber depuesto un tanto su inicial desconfianza. Nelson lo atribuyó, inmodestamente, al hecho de que su propio físico era muy agradable para los ojos femeninos. No menos su sonrisa y su voz.

A decir verdad, tenía muchas razones para tamaña inmodestia. Pero la desconocida propietaria de la casa no era precisamente moco de pavo. Cualquier edad alrededor de los treinta, belleza moderna, sugestiva, un tanto viril en el conjunto de las facciones, pero con indudable femineidad de conjunto. Usaba blusa, chaleco y pantalones largos, calzaba unas botinas de tacón alto y media caña muy acordes al resto del atuendo. Y sin duda era muy capaz de apretar los gatillos contra un intruso. Sin contar con el perro, que no parecía nada complacido al ver que no podía hincarle el diente.

Aún no le había dicho su nombre. Las mujeres son así, incluso ante un guapo desconocido. Nelson sí dijo el suyo. Ahora, ella llegóse a la puerta del edificio y la abrió, no sin ordenar al perrazo que se quedara fuera, vigilando. Después dejó paso franco a Nelson, que al acercársele más vio perfectamente sus magníficos ojos jaspeados. Había cierta tensión en ellos, pero le sostuvieron firmes la mirada.

La casa era tan estupenda por dentro como por fuera. Los muebles justos y todos excelentes. El vestíbulo no demasiado grande, con una escalera que conducía al piso superior y dos puertas, aparte un corto pasillo. Las puertas, cerradas. La mujer dio la luz y le indicó

con el gesto no el teléfono, que estaba bien visible, sino una de aquellas puertas.

—Supongo que tendrá sed. Tomará un trago, si le apetece.

Era una agradable insinuación. A veces, las mujeres que viven aisladas en mitad del campo tienen imperiosa necesidad de intimar con hombres distintos a su marido, aunque sólo sea para olvidar por un corto plazo de tiempo la monotonía de su existencia.

—Abra y pase al *living*. El conmutador está a la izquierda.

—¿Está sola en casa? Perdona si soy indiscreto...

—Sí, lo estoy. Mi marido no tardará en llegar, fue a Blenheim a llevar a los niños a casa de su hermana. Estudian y deben estar temprano mañana en el colegio.

Muy natural. Nelson casi se había olvidado de que era domingo. Y la mujer se estaba comportando exactamente como podía esperarse. Mientras el marido fuese comprensivo...

Ella cerró la puerta mientras hablaban, y colgó la escopeta en una especie de perchero.

—No tenemos demasiadas visitas por aquí —se medio disculpó. Había dado la luz del vestíbulo y ahora su brillante cabello destellaba con cálidos reflejos. Nelson ya había olisqueado un perfume caro y personal. Una mujer de buena raza...—. Por eso al verle aparecer cogí la escopeta.

—¿Abundan los vagabundos peligrosos?

—No, ni éstos ni los otros. Pero nunca se sabe. Vaya al *living*, por favor; hallará las bebidas sin dificultad. Yo voy a cambiarme de ropa.

Todo muy normal. Y realmente excitante. Incluso cabía la posibilidad de que el marido se retrasara dos o tres horas... En tal caso, sin duda aquel aburrido día iba a terminar de lo más bien.

Terry Nelson estaba haciéndose risueños planes cuando abrió aquella puerta y avanzó al interior del *living*. Se hallaba en la penumbra, la puerta se abrió para dentro. Giró a la izquierda, tanteando en busca del conmutador, lo encontró, lo oprimió y la luz se hizo.

Se hizo, instantáneamente, dentro de su cerebro en forma de un violento estallido de estrellas de todos los colores unido a un dolor salvaje. Para de inmediato volvésele tinieblas.

CAPÍTULO II

Todo lo que está bien, está bien. Y lo que no lo está, pues eso, no lo está.

Mientras retornaba en sí penosamente, Terry Nelson decidió que no estaba nada bien aquello de pegarle un estacazo en el occipucio de manera alevosa cuando entraba confiadamente en una casa invitado de manera amable por su propietaria. Si aquél era el modo que las mujeres neozelandesas tenían de iniciar el escarceo amoroso, francamente, no le gustaba.

Se le pasó rápidamente el mareo cuando descubrió que se encontraba tirado en el piso... y con una hermosa pistola calibre 9 corto en la mano derecha. Naturalmente, quien allí se la puso no tenía por qué saber que era zocato.

Pero a uno no le ponen por broma una pistola en la mano después de haberle dejado sin sentido de un golpe traicionero. Nelson comenzó a sudar frío, sin poderlo evitar. Y a pesar de las oleadas de dolor que sentía, su cabeza despejóse de golpe.

Incorporándose, respiró hondo, luego se acercó a la pared, buscó el conmutador y dio la luz.

Estaba, efectivamente, en el *living* de aquella casa. Una grande y hermosa habitación, estupendamente amueblada y decorada. Vacía. Alguien estuvo allí agazapado, esperándole, y la espléndida mujer había sido, simplemente, el cebo... Nelson meneó la cabeza, se palpó la parte dolorida del cráneo y comprobó que no había chichón. Porra de goma dura, contundente, y que no deja huellas... Recogió la pistola, que había echado a uno de los sillones, y la examinó, olisqueándola. Como esperaba, había sido recién disparada. Y al comprobarlo, descubrió que estaba descargada. Todo perfecto...

Arreglándose la ropa, comprobó que nada le faltaba. Desde luego, lo habían registrado a fondo, incluso aflojándole los pantalones. Gente de lo más concienzuda...

La planta baja estaba vacía de presencia humana, pero a todas luces allí vivía alguien habitualmente. La despensa estaba bien provista,

en la cocina halló víveres frescos, del día. En el botiquín, lo necesario para aliviarse algo el dolor de cabeza.

En una hermosa alcoba, amplia y sobria, lo que temía encontrar. Un hombre acribillado a balazos.

Estaba desnudo, caído contra la cama, a sus pies. Su expresión era entre rabiosa y aturrida, la que pondría por ejemplo un hombre sorprendido en pleno sueño por un asaltante asesino. Le habían pegado, cinco balazos, todos en pleno pecho, y, al menos, dos mortales de necesidad. Una broma. Todo el suelo aparecía lleno de sangre.

Nelson inspiró hondo, luego examinó aquel cadáver. Puso en el examen inusitada atención, pero allí había poco que ver. Estaba más muerto que Cleopatra y desde hacía un par de horas, más o menos. Un hombre de unos cuarenta y tantos años, complexión fuerte, cabello rubio rojizo, con grandes entradas, y barba de un color de cobre. Cabellos y barba decolorados, teñidos. También las cejas. Y usaba lentillas, cuando Nelson le manipuló uno de los ojos sacó una, de color verdiazul. La verdadera pupila era castaña.

Quien lo había matado hizo las cosas muy bien, pero acaso vióse sorprendido por su llegada. Sin duda un tipo con mucha sangre fría. Y un estupendo tirador de pistola. Se había ensañado con el bueno del señor Jewell, a todas luces.

Nelson terminó aprisa su inspección del terreno. De vuelta en el vestíbulo, se fue derecho al teléfono y lo cogió. No daba señal. Marcó, y lo mismo. Con leve sonrisa pensativa volvió a colgarlo. Sí, los asesinos eran muy cuidadosos.

Apagó todas las luces antes de disponerse a salir de la casa. Dejó, desde luego, la pistola en el *living*. La había limpiado concienzudamente, como asimismo el pomo de la puerta. Todo lo abrió y tocó utilizando primero su pañuelo, luego un par de guantes encontrados en la alcoba del hombre asesinado.

Abrió con cautela. Había un silencio total allí fuera. Tenía que darse mucha prisa...

De repente, un vivo rayo luminoso le pegó de lleno en los ojos y una voz le conminó, allí, tras de la luz:

—¡No se mueva o disparo!

Nelson respingó, pero no se movió. Estaba deslumbrado, además la voz era femenina. Y distinta a la de la desconocida que lo acogiera

antes.

—¡Alce las manos! ¿Quién es usted y qué está haciendo aquí? Obedeciendo, Nelson tragó saliva y se dijo que su situación iba empeorando al galope. Guiñando fuerte para eludir el haz luminoso de la lámpara gruñó lo primero que se le ocurrió:

—Pues... Yo... Verá, yo...

—Usted es un merodeador, está bien claro. Retroceda de espaldas. Y no se haga ilusiones, dispararé sin vacilar.

Seguro. Eran de armas tomar estas mujeres neozelandesas. Mal que bien, Nelson podía advertir una pistola firmemente empuñada por una mano cubierta con un guante negro, muy fino. Apuntándole al pecho. Pensó en los cinco balazos recibidos por el de allí arriba y obedeció sin rechistar.

La mujer entró tras él y se movió de modo muy hábil.

—Sin duda sabe dónde está el conmutador. Dé la luz.

Lo hizo, apretando los ojos. Al abrirlos, ella ya había apagado la linterna y estaba examinándole con gran interés. Sin dejar de apuntarle.

Joven, guapa, decidida y elegante, otra amazona. Cabellos castaños claros, largos, brillantes. Uno de esos cuerpos elásticos, esbeltos, tan de moda. Más alta que baja. Redondeces virginales. Cuello largo, boca abultada, jugosa, voluntariosa. Mirada llena de decisión, de luz. Uno de esos conjuntos que las mozas elegantes de hoy gustan de ponerse para conducir su automóvil. ¿Dónde tendría su automóvil? Quizá veinticinco años, acaso alguno menos. Y la pistola era una «Beretta» de gran precisión, siete proyectiles, uno en la recámara. Más que suficiente.

Ella parecía ligeramente intrigada, pero muy en guardia.

—Ahora me dirá qué está haciendo aquí, amigo. Y me lo dirá muy aprisa, antes de que llame a la policía. ¿Vino a robar?

Una voz estupenda, pero ahora fría y agresiva. Demontres con las neozelandesas...

No, no vine a robar. Y mucho me temo que no podrá llamar por teléfono. Está cortado.

Vio cómo se le endurecía la expresión.

—¿De veras? Pues tanto peor para usted...

—Oiga, cuidado con apretar el gatillo...

—Lo apretaré cuando me plazca, no se haga ilusiones. Está en mi

casa, es un desconocido, si le mato será defensa propia.

De modo que era la propietaria... La cosa comenzaba a enredarse a fondo.

—¿Vino a robar?

—Mi palabra que no... Lo malo es que no va a creermelo...

—Delo por seguro. De todos modos, adelante, dígame su versión de los hechos. Iba paseando, tomando el aire, vino a pedir una cerilla y halló la puerta abierta, de modo que decidió entrar...

Su sarcasmo era incisivo, pero ni le quitaba ojo ni apartaba el dedo del gatillo. Además, se mantenía a dos pasos de distancia. Nelson volvió a tragar saliva con esfuerzo.

—No, señorita. Alquilé un coche en Blenheim para darme una vuelta por la comarca, se me estropeó a unos dos kilómetros de aquí...

—¿Hacia qué lado?

—Al Norte, justo a mitad de la cuesta que hay subiendo desde el otro valle.

—He venido por allí. No vi ningún coche.

Algo se heló en la nuca de Nelson.

—¿Está segura?

—Del todo. Y al llegar a lo alto de la cuesta descubrí luces encendidas aquí. Como había dejado la casa cerrada al mediodía, y no esperaba visitas, recelé la verdad, de modo que bajé la cuesta a motor parado, cogí la linterna y la pistola y vine a comprobar quién andaba huroneando por mi casa. Así le he cazado.

Sí, señor, ésa era la palabra justa. Cazado... El cerebro de Nelson estaba trabajando a marchas forzadas.

—¿Quiere decir que su padre..., o su esposo, no se quedó en casa?

Algo chispeó en las bellas pupilas de la muchacha. Y fue evidente que se ponía en guardia.

—¿Por qué hace esa pregunta?

—Pues... Bueno, al llegar vi un cartel. Un tal H.

C. Jewell...

—Es mi cuñado. El y mi hermana están de viaje, en Europa, desde hace cinco semanas.

—Entonces me gustaría saber quién es el tipo que está en la alcoba principal con cinco balazos en el pecho.

La joven pegó un violento respingo y su expresión cambió por

completo.

—¿De qué está hablando?

—De un cuarentón fornido, con el cabello y la barba teñidos, que usa lentillas de color azul-verde. Está en traje adánico y totalmente agujereado.

La pistola le apuntaba al pecho con más firmeza que nunca.

—No será una broma...

—Si lo es, resulta tan desagradable como la que a mí me han jugado.

—¿A usted? ¿Cuándo, quién?

Aquí, una hermosa mujer que empuñaba una escopeta muy buena y se escoltaba con un perrazo grande como un tigre. Me salió al encuentro cuando llegué a la casa, por la esquina, se presentó como propietaria de la finca, al menos no dijo nada en contra y abrió la puerta, invitándome a entrar y tomar una copa. Dijo que su marido había llevado a los niños a Blenheim, a casa de su hermana, para que fuesen temprano mañana al colegio. Me pidió que entrara en el *living* y la esperara mientras se cambiaba, obedecí y alguien me atizó en la nuca con una porra de goma. Al despertarme tenía en la mano una pistola descargada y recién disparada, estaba solo y cuando registré la casa encontré a ese fiambre allí arriba.

Puso toda su vehemencia y su sinceridad en el relato. Pero la muchacha parecía impenetrable, ahora. Y no bajaba su guardia.

—Tiene sin duda una gran imaginación. Espera convencerme, ponerme nerviosa y hacerme descuidar...

—Escúcheme, ahí arriba hay un hombre más muerto que mi bisabuelo. Y en el *living* está esa pistola. Ahí...

Medio giró, para señalar dónde estuvo la escopeta. Pero ya no estaba. Se dio cuenta entonces de que no había mirado antes buscándola. Sin duda sus agresores se la llevaron.

—¿Ahí, qué?

—No, nada. ¿Por qué no comprueba mis afirmaciones? Tiene una pistola y debe estar cargada.

La respuesta fue de lo más contundente. Un fogonazo, un silbido ominoso y una picazón desagradable en el lóbulo de la oreja izquierda.

—¡Eh...!

—Ya ve que lo está. Y tengo muy buena puntería. Gire y vaya al

living con las manos altas.

Allí sólo cabía obedecer. Nelson obedeció, maldiciendo cordialmente a todas las bellas Amazonas de Nueva Zelanda.

—Abra la puerta. Gire, entre de espaldas. Alargue la mano y pulse el conmutador de la luz, luego siga retrocediendo de espaldas, pues ya conoce la situación de los muebles.

Ella entró totalmente alerta. Nelson no le quitaba ojo.

—¿Dónde está esa pistola que dice?

—En ese... ¡Demonios!

Su exclamación no era para menos. Justo había dejado la pistola encima de aquel sillón no hacía ni un cuarto de hora. Y no estaba.

Aturdido, miró de nuevo a la muchacha.

—No..., no lo comprendo... La dejé ahí...

Ella esbozó una sonrisa irónica.

—Ya. Y se la ha llevado el gato de la casa, para jugar. Amigo...

—¡Le digo que la dejé ahí, no hace ni un cuarto de hora!

—Basta de farsa. Vuélvase y apoye las manos en la pared.

—¿Qué se propone?

—Ponerle fuera de combate, atarlo y llamar a la policía. La alternativa es meterle una bala en los sesos. ¿Qué prefiere?

Váyase al diablo, preciosidad. Si salgo de ésta no quiero saber nada de las neozelandesas.

Avanzó pausado hacia la pared, las manos a media altura. Ella tendría que acercarse para golpearle...

Ella agarró un pesado objeto de bronce con la mano izquierda. Aunque no le quitaba ojo, se había confiado un poco al tenerle de espaldas. Apenas un cuarto de segundo, acaso menos.

Nelson había visto aquel objeto de bronce, hizo velozmente cálculos mentales y de pronto actuó. Girando sobre sus talones como impulsado por un resorte, estiró su largo brazo y golpeó con el filo de la mano abierta sobre la muñeca armada de la joven. Era un golpe medido, de karate. Ella apretó el gatillo, pero no lo bastante a tiempo. La bala le pasó rozando a Nelson, inofensiva, y fue a clavarse en el retrato de un caballero de aspecto severo, dejándole tuerto. Al instante, la muchacha soltaba la pistola, por quedársele la mano entumecida y sin fuerzas a efectos del doloroso golpe, gritaba...

Y contraatacaba como gata furiosa. Pero Nelson no estaba tampoco

para cortesías, le atrapó la otra muñeca con mano férrea y tras un breve forcejeo la envió contra el largo y amplio sofá. Ella cayó allí gritando, rebotó y se lanzó al suelo ágilmente, esquivando su salto. Pero Nelson no la dejó escabullirse, le cayó encima y la aplastó con sus noventa kilos de huesos y músculos, agobiándola.

Se retorció como una lagartija, sus bellos ojos estaban repletos de furia y usaba de todas las malignas tretas femeninas de lucha con tanto encono como habilidad. Por otra parte, tenía un cuerpo flexible, tierno, duro, de doncella, cuya suave calidez provocaba determinados y muy concretos estímulos a Nelson. Lástima que aquella lucha tuviera que ser así, y no asá...

La entonteció con un golpe entre nuca y oreja, saltó de sobre ella, recogió la pistola y la apuntó, hablándole secamente, imperioso:

—Bueno, nena, ahora yo dirijo el juego. Levántese.

Ella lo hizo despacio, enrabieta y guapísima. Jadeaba y sus menudos pechos apretaban espasmódicamente la tela de la blusa camisera, tenía una corajuda expresión.

—Adelante, granuja, dispare...

—Me parece que han habido demasiados disparos aquí dentro hoy. Siéntese.

—¡No me da la gana!

—Siéntese o la siento de un revés.

—No se atreverá...

Pero cuando le vio avanzar y alzar la mano obedeció, rígida y desafiante. Aún resollando un poco, Nelson se guardó en el bolsillo la «Beretta», sacó el pañuelo y se limpió la sangre de un arañazo en una mejilla.

—Condenada gata... ¿Se va a comportar de modo razonable o la tendré que atar?

—Me tendrá que atar. Y si intenta violarme, me tendrá que matar.

—¿Quién demonios habló de violarla? Sólo quiero convencerla de que ahí arriba hay un tipo muerto a balazos.

—Con una pistola que estaba aquí dentro.

—¡En ese sillón! Y eso significa que la otra mujer, y su cómplice, andan todavía por aquí.

¿De veras?

—Esto lo terminamos enseguida. Va a acompañarme arriba y verá por sus propios ojos el cadáver. ¿Vendrá de agrado o a la fuerza?

Ella respiró hondo. Y se levantó. No estaba ni pizca asustada.

—Vamos.

Menos mal... Nelson la cogió por un brazo, pero ella se le soltó de un tirón.

—¡No me ponga las manos encima!

Demonio de hembra... Tuvo que dejarla ir delante y subir por delante de él la escalera. No le quitaba ojo, listo para cualquier intentona suya de devolverle la pelota; pero al parecer la muchacha sentíase por el momento con pocas posibilidades. Así, llegaron al piso alto sin novedad y fueron a la alcoba principal. Nelson había dejado cerrada aquella puerta, ahora echó mano, la abrió y le invitó, hosco:

—Si no está habituada a ver cosas desagradables, aguante el aliento.

Ella ya estaba mirando. Pero no sólo no cambió de expresión, sino que hizo un gesto claramente desdeñoso.

—Su cadáver ha seguido el camino de la pistola —dijo con sarcasmo. Y Nelson olvidó toda precaución para apartarla de un manotazo y mirar a su vez.

En efecto, el cadáver había desaparecido. Y la mancha de sangre también.

CAPÍTULO III

Aquello ya se pasaba de castaño oscuro. Nelson sentía que le daba vueltas la cabeza cuando entró en la alcoba y se llegó a los pies de la cama. Ni cadáver ni sangre...

En cambio había una alfombra que antes no estuviera, a los pies de la cama. Naturalmente, limpia. El mismo lecho estaba impoluto, cuando él lo dejó revuelto. Ni cadáver ni sangre...

La muchacha había entrado tras él y ahora tenía una expresión reconcentrada, como si comenzase a dar algún crédito a sus palabras. Nelson la miró aturdido y gruñó:

—Maldita sea, no lo puedo entender. Estaba aquí...

—Pero no está.

Rápido, él se inclinó, asió la alfombra y la envió lejos de un tirón.

No había sangre. Sí claras huellas de un recientísimo baldeo.

—¿Qué me dice de esto? El piso aún está húmedo. Seguro que queda alguna mancha que no pudieron quitar... ¡Mire aquí! También han estado limpiando este lado del mueble. Y cambiaron la colcha, la que yo vi era azul. Debe saberlo usted, ¿verdad?

Ella, ahora, parecía muy sobre sí.

—Admito que su historia es demasiado descabellada para ser pura fantasía, a no ser que sea un demente, lo cual no me parece. Sin embargo, no comprendo por qué han tenido que hacer todo eso, y con tanto riesgo, si antes se diría que intentaron cargarle a usted un asesinato, a juzgar por su mismo relato.

Eso también se lo estaba preguntando Nelson.

—Vamos a registrar la casa y sus alrededores, señorita como se llame...

—Vanessa Brett.

Bonito nombre, digno de ella...

—Bien, pues vamos a realizar esa inspección. No se esconde a un cadáver recién agujereado así como así; además, quienes lo han hecho sin duda están muy cerca. ¿Va acompañarme de buen grado?

—Lo haré. Estoy más interesada que usted en desvelar este misterio. Menos mal... Pero Nelson ya no pensaba descuidarse. Sacó y

empuñó la pistola que le quitara a ella y comenzaron el registro, sin prisas ni pausas.

A los diez minutos ya tenía él una doble certeza. El cadáver no debía encontrarse en lugar fácil de descubrir; y la señorita Vanessa Brett no tenía mejor idea que él mismo de la distribución de las habitaciones y todo lo que contenía aquella casa. Lo segundo ya lo había sospechado mucho antes, lo primero era una presciencia, casi una conclusión lógica. Quienes le tendieron aquella trampa no contaban con la llegada de Vanessa Brett, debían estar realizando alguna tarea urgente e importante fuera del edificio, calcularon que él intentaría escapar, por eso fueron a buscar su coche, hallaron fácilmente la avería y la repararon, llevándoselo de allí para inmovilizarlo. También habían cortado el teléfono, incomunicándolo con el exterior. Querían convertirlo en chivo expiatorio, pero para eso les era del todo necesario que nadie más interfiriera. Al aparecer la bella señorita Brett, con su pistola y su enérgica afirmación de propiedad, aquel par decidieron cambiar su plan sobre la marcha. ¿Quién diablos sería Vanessa Brett..., si se llamaba de veras así, por qué había venido precisamente esta noche y qué sabría de todo aquel asunto?

—Aquí arriba no hay nada.

—Vayamos abajo. A lo mejor nos lo han dejado en el sofá del *living*. No estaba allí. Ni tampoco en ninguna otra parte. Pero en cambio, cuando se disponían a abandonar la casa para seguir fuera su registro, escucharon un ruido de automóvil.

Alguien que se marchaba...

—Vaya, sin duda han dado por acabada la tarea.

—Ese coche es el mío.

—¿Cómo?

—El ruido se inició un poco más allá de donde desemboca el camino privado, justo donde yo lo detuve. Además, conozco su motor.

—¿Está segura?

—Vamos a comprobarlo. No me hace ninguna gracia la idea de quedarme aquí con usted, y tal vez dos asesinos, sin teléfono ni medios de pedir ayuda.

Como explicación resultaba un tanto rara, pero encajaba con todo el resto de lo que allí ocurría.

Salieron de la casa y avanzaron aprisa por el sendero. Era una maravillosa noche repleta de silencio y estrellas, con una brisa fresca y tonificante. Una noche perfecta para hacer el amor, sólo que Nelson no se sentía ahora nada inclinado al erotismo a pesar de la fragante belleza de su joven compañera de aventuras.

Llegaron a la carretera y torcieron por donde Nelson viniera. No caminaron mucho.

—Ya se lo dije. Dejé aquí el coche, tras bajar con el motor parado. Ahí están las marcas de los neumáticos.

Allí estaban. Y también, en la tierra de la orilla, claramente marcadas, las huellas de unas botas femeninas.

—No son mías. Compruébelo.

Eran dos números mayores, al menos, y otro tipo de tacón. Nelson suspiró.

—Nos la han jugado. Mientras registrábamos buscando el cadáver, ellos lo sacaron de la casa, lo trajeron aquí, lo metieron en su coche y se han alejado con él. Ahora lo enterrarán en cualquier sitio seguro y desaparecerán.

—Sí, eso imagino... Bien, tendremos que volver a la casa.

—¿No la preocupa la idea de quedarse sola conmigo, e incomunicada?

Aún en la oscuridad notó cómo era ella.

—Es por lo visto el peligro menor. Procuraré arrostrarlo.

—Gracias...

Volvieron despacio y en silencio, que rompió la muchacha con acento pensativo:

—Quisiera saber cómo eran exactamente ese cadáver y esa mujer. ¿Le importa describírmelos?

Nelson así lo hizo mientras caminaban emparejados. No podía verle demasiado bien el bello rostro y eran muchas las preguntas que se hacía a su vez.

—¿Conoce a alguno de ellos?

—No estoy segura. Pero si hubo aquí esta tarde tres personas, y dos asesinaron a la otra, tiene que haber sido por un motivo muy grave.

—Eso sin duda. ¿A qué se dedica su cuñado?

—Tiene una fábrica en Christchurch y negocios por toda esta parte de la isla. ¿Y usted, a qué se dedica, señor Nelson?

—De momento, a hacer turismo. Pensaba adquirir una pequeña

propiedad por los alrededores, fue el motivo de mi venida y de que anduviera curioseando el territorio. ¿De qué índole son esos negocios de su cuñado?

—La fábrica es de textiles. Compra en directo la lana a los ovejeros y vende el producto transformado. ¿De dónde procede usted, señor Nelson?

—De Inglaterra. Sólo hace unas semanas que llegué a Nueva Zelanda y no he hecho otra cosa sino vagabundear. Curioso, que teniendo la fábrica en Chirstchurch su cuñado prefiera residir aquí. Hay una buena tirada, ¿verdad?

—Doscientas millas. Una hora hasta Blenheim en su avioneta particular y otra media en coche hasta aquí. A Harold le encanta este lugar. ¿Por qué se le ha ocurrido venir a afincarse precisamente en esta parte del mundo? Usted no causa la impresión de ser un campesino.

—Y no lo soy. Mis pulmones se hartaron de contaminaciones y los médicos me recomendaron un drástico cambio de ambiente. Alguien me habló de la amplitud y la paz de estas tierras, por eso vine. Pero parece ser que me habían engañado en lo de la paz. ¿Vive usted habitualmente con sus hermanos?

—No. Vine de vacaciones, yo resido habitualmente en Aukland. Como ellos se marchaban a Europa permutamos. También me encanta este lugar y no soy nada asustadiza, como usted habrá podido comprobar. La verdad es que tampoco parece un hombre enfermo.

—No dije que lo estuviera ahora, sino que comenzaba a estarlo. ¿Qué hace habitualmente? Me refiero a si estudia o trabaja.

—Las dos cosas. ¿Y usted, a qué se dedicaba en Londres?

—Vendía libros. Una ilustrativa tarea...

Estaban peloteándose preguntas y respuestas como jugadores de tenis en un partido de competición. Entraron en la casa y pasaron al *living*. A todas luces iban a verse obligados a compartirla aquella noche, cuando eran dos perfectos desconocidos un par de horas antes. Toda una situación, habida cuenta de las circunstancias. Ni ella se fiaba de él, ni creía sus afirmaciones. Pero no lo estaba demostrando. Curiosa muchacha, y endemoniadamente atractiva...

—¿No hay vecinos cerca?

—El más cercano está a cinco millas. En esta parte del país, señor

Nelson, hay mucha tierra y poca gente. ¿Qué va a tomar? Supongo que tantas emociones le habrán dado mucha sed.

—Muchísima. Tomaré lo mismo que usted.

Listísima, la señorita Brett. Había aprendido velozmente dónde estaba todo y ahora actuó con desenvoltura, abriendo el armario de las bebidas y alistando un par de refrescos alcohólicos con habilidad. Cualquiera diría que ya daba por buena la situación. Incluso esbozó una sonrisa.

—Ya que estamos obligados a convivir, hagámoslo como seres civilizados, ¿no le parece?

—No tengo ningún inconveniente. A su salud.

Bebieron. Era tonificante la bebida. Nelson chasqueó la lengua con complacencia.

Ambos seguían de pie.

—Excelente mezcla. La feli...

Se calló y tendió oído. Vanessa Brett también. Nelson notó cómo ella cambiaba, atensándose, aunque apenas si resultó perceptible.

—Eso parece un automóvil...

—Sí.

Era un automóvil. Venía desde la dirección opuesta a la traída por ellos dos, y no tardaron en comprobar que venía allí.

—Vaya, tenemos visita. ¿Esperaba usted a alguien? A lo mejor es un patrullero de la policía, o unos vecinos...

Ella estaba muy sobre sí, tirante.

—No esperaba a nadie. Y quizá sea mejor que me devuelva mi pistola.

—Dadas las circunstancias, considero preferible retenerla. No es que me considere tan buen tirador, pero siempre hace más efecto un arma en las manos de un hombre.

—Apaguemos entonces la luz.

Uniendo la acción a la palabra, Vanessa Brett fue derecha al conmutador y apenas si le dio a Nelson tiempo a sacar la pistola y acercársele.

—¡Un momento!

Ella se volvió a mirarle, la mano libre ya junto al conmutador.

—No sea idiota. Quienquiera que venga no es amigo suyo —dijo con voz tirante y firme, la que empleó al principio de su conocimiento. Y apagó.

Nelson saltó a un lado, esperando sentir el paso del vaso que ella tenía en la otra mano como un proyectil. Pero nada ocurrió. Ella permaneció junto a la pared y oyó su voz, en igual tono autoritario: —En su lugar, yo me colocaría donde estuvo el que le golpeó.

Era una buena idea. Nelson se apresuró a llevarla a la práctica, diciéndose que sin lugar a dudas aquélla iba a ser una movida noche de primavera.

El automóvil ya estaba llegando a la casa. Pero como había venido por el lado opuesto al del *living*, era muy dudoso que quien lo ocupaba hubiera advertido la luz. Tal vez se tratara de la mujer del perro y la escopeta, con su desconocido cómplice. Si pensaron que ellos andarían ahora carretera adelante buscando ayuda... Pero algo estaba diciéndole que se trataba de otra gente. Y esta guapa compañera de aventuras suya no sentíase nada feliz con su llegada, a pesar de que, en buena lógica, debiera estarlo...

El vehículo hizo entrar la luz de sus faros por la ventana corrida del *living*. Gracias a ella, Nelson vio a la muchacha pegada junto al conmutador. Pero sólo por un instante. Luego la luz de los faros del coche desapareció, éste se detuvo en la explanada de estacionamiento y cesó el ruido de su motor.

Tres minutos más tarde se abría la puerta de la casa sencillamente, como si quien llegaba tuviera la llave, y se volvía a cerrar. Allí fuera se encendió la luz en el vestíbulo. Ellos habían cerrado ya la puerta del *living*, la luz penetró, difusa, por debajo.

Nelson estaba conteniendo el aliento. Tenía tan fino el oído como la vista. Allí, en el vestíbulo, había una sola persona. Quienquiera que fuese, poseía la llave, o una maestra. Pero no se movía como lo habría hecho un habitual de aquella casa.

Luego sonaron irnos pasos, el recién llegado vino hacia el *living* y abrió la puerta, avanzando un paso y girando al tiempo para buscar el conmutador.

En el mismo instante la Brett dio la luz y se escuchó una sobresaltada exclamación.

Femenina.

Porque la recién llegada era otra mujer.

CAPÍTULO IV

Otra espléndida mujer, al menos por lo que su silueta, casi de espaldas, permitía ver al desconcertado y excitado Nelson. Más alta incluso que la Brett, con una corta melena muy rubia cuidadosamente peinada, vestida con un conjunto del mismo corte femeninamente masculino que el de la Brett, pero de color verde esmeralda y no calzando botas, sino zapatos de feísimo tacón ortopédico. Las curvas de su anatomía delataban a la mujer joven.

—¿Quién es usted, y qué hace aquí?

La voz era joven también.

—Lo mismo me pregunto yo.

La respuesta de la Brett era fría, cortante, agresiva. Y todo lo demás sucedió dinámicamente.

La recién llegada movió su mano derecha como para coger algo invisible para Nelson, que aún permanecía asimilando la situación. Vanessa Brett saltó al ataque y, un instante después, ambas mujeres estaban enzarzadas en una estupenda pelea de Amazonas, en la que utilizaban los más viejos e instintivos métodos femeninos de lucha mezclados a las más refinadas técnicas del judo y karate.

Como en la lucha salieron hacia el vestíbulo, Nelson no se dio demasiada prisa por intervenir. Giró saliendo de detrás de la puerta y descubrió, en el suelo, un bolso grande, femenino, abierto. De él estaba medio saliendo una hermosa pistola pavonada. Caray con las mujeres neozelandesas...

Agachándose, tomó el bolso y sacó la pistola. Una «Westley» de la mejor calidad, ocho proyectiles en el cargador, superautomática, garantizada contra encasquillamientos, utilizada por los servicios secretos de media docena de países y también por un montón de profesionales de la aventura peligrosa, a uno y otro lado de la frontera de la legalidad. Naturalmente, también podía ser adquirida por los ciudadanos honorables, mediante cumplimiento de los debidos requisitos.

En el vestíbulo ambas Amazonas estaban propinándose mutuamente una soberana paliza. Durante un largo minuto, Nelson gozó lo suyo

como espectador. Tan ciegas andaban zurrándose que no parecieron advertir su presencia. Desde luego, eran tal para cual, dos panteras muy expertas.

Cuando emitió el suave y vibrante silbido se acabó la pelea. La Brett porque sabía que era él, la otra porque ignoraba su presencia. La tenía casi de espaldas, se quedó rígida a medio ataque y giró veloz, para frenarse en seco, jadeando, mirando a la pistola que él empuñaba como al desgaire y a su sonrisa.

Otro estupendo ejemplar femenino, algo mayor que la muchacha morena, no mucho, tal vez aún no los treinta años. Pechos largos, ahora tintineantes bajo el chaleco de terciopelo verde por la agitación de la pelea, cuerpo largo, estupendamente formado, caderas más amplias que las de la Brett. Muy rubia, ojos intensamente azules que ahora centelleaban de furia, agresividad y cautela entremezcladas, una boca grande y entreabierta por el agitado respirar, nariz larga, fina, la frente abombada, los pómulos altos, dolicocefala...

—Así que un asalto de bandidos en toda la regla...

Tenía una voz ligeramente aguda, pero de cuidada dicción. Y no era británica de nacimiento, aunque su inglés fuese impecable. Bueno, tampoco lo era, después de todo, la señorita Brett. Y probablemente tampoco la del perro y la escopeta.

—Yo diría que no —contestóle blandamente Nelson—. Y que en todo caso usted ha venido bastante bien preparada. Excelente pistola la suya...

—Esta casa está muy aislada. Por eso suelo llevarla en el bolso cuando vengo sola.

—¿Y... viene muy a menudo?

—Desde luego. Soy su propietaria.

Nelson dominó un respingo y un silbido excitado. Su mirada no perdía de vista a Vanessa Brett y por eso notó su cambio de actitud. La rubia también tenía una bastante poco común y demostraba excelentes nervios para ser mujer y verse en tan comprometida situación, iba reponiéndose muy aprisa.

—¿Quiere decir... que es la señora de H.

C. Jewell?

—Naturalmente. Señora de Harold C. Jewell. ¿Por qué lo pregunta?

—Pues... Verá, me resulta de lo más increíble que no se hayan

reconocido usted y su hermana.

La rubia cambió lentamente de expresión. Se volvió astuta, fría e impenetrable, volviéndose a la no menos fría, impenetrable y astuta morena.

—Si ella afirma que es mi hermana, miente. Yo no tengo hermanas.

—Ella es la que miente. Ni es mi hermana ni la esposa de Harold C. Jewell.

Dos afirmaciones tajantes. Y ahora, a ver quién mentía y quién estaba diciendo la verdad. Nelson suspiró y volvió a menear la cabeza.

—Confieso que todo esto me resulta de lo más emocionante. En unas pocas horas me he encontrado aquí con dos esposas y una hermana del propietario de esta casa y, mucho me temo, con su cadáver.

—¿Su qué? —Se había atensado de golpe la rubia.

—Hallé a un hombre acribillado a balazos en la alcoba principal, después que la primera propietaria, según ella, de la finca me invitara gentilmente a pasar y tomar una copa y de que un cómplice suyo, al que no pude ver, me dejara sin sentido de un porrazo. Pero cuando llegó la señorita Brett...

—Ella no se llama Brett. Yo soy Enid Brett.

—¿Puede probarlo?

—Mi permiso de conducir está en el bolso de donde usted ha cogido esa pistola.

—Y el mío, amén mi pasaporte, en mi bolso también.

Las dos se miraron con odio clarísimo. Buen par de panteras, pensó Nelson. Sin dudas de ninguna clase, él iba a dormir muy poco aquella noche.

—Magnífico. Y supongo que todos esos documentos serán absolutamente legítimos... —Los míos lo son.

—Los míos también.

—¿Me permiten una pregunta? En toda casa suele haber fotografías femeninas, sobre todo familiares. Pero en ésta no he visto ninguna de ustedes dos, en ninguna parte.

—Mi marido no gusta de la fotografía.

—Miente. Es un gran fotógrafo. Tiene incluso un cuarto oscuro para revelar sus trabajos, usted lo ha visto hace poco.

—Eso es verdad, señora Brett. ¿Cómo explica su fallo?

La rubia se había mordido el labio inferior. Fue veloz y certera en su respuesta:

—Debí suponer que habrán registrado la casa. De acuerdo, Harold gusta de la fotografía, Pero estamos divorciados hace menos de dos años y no quedamos demasiado amigos, ésa es la razón de que no hay ninguna fotografía mía a la vista.

—Probablemente también lo sea de la curiosa falta de calor y ambiente femenino en toda la casa. Habría jurado que estaba habitada por un solterón, o un viudo misógino.

—Más o menos lo que realmente es Harold. Y ésa es la razón principal de nuestro divorcio.

—¿Podría decirme cuál ha sido la suya para venir aquí esta noche?

—Aún espero saber quién es usted y qué hace aquí así como qué ocurre con ese hombre que dice está muerto en la alcoba. ¿Es mi marido?

Era muy curiosa su actitud. Y la de la morena.

—No puedo saberlo. Mientras yo trataba de convencer a la señorita Brett de que me habían ocurrido toda una serie de cosas raras y desagradables desde que llegué a esta casa a pedir me dejaran llamar por teléfono para que viniera alguien a arreglar la avería de mi coche, no sólo se llevaron el cadáver sino que lavaron concienzudamente el piso borrando hasta el último rastro de sangre.

—¿Espera que me lo crea?

—Me tiene sin cuidado. Pero quien se llevó ese muerto es muy aficionado a los escamoteos. También hicieron desaparecer mi coche, imagino que arreglando la avería de algún modo, y luego se marcharon con el de la señorita Brett, todo ello limpiamente.

Además, cortaron el teléfono. Y ahora, por favor, cuéntenos los móviles de su visita. —Vine a tratar con mi marido un asunto personal—. ¿Qué clase de asunto?

—No les importa.

—Al contrario, me importa muchísimo. Una de ustedes dos está mintiendo, o tal vez lo hacen ambas. Los tíos venían poderosamente armadas y ya he visto su maestría con los métodos de defensa personal. Aquí hay gato encerrado, mejor dicho cadáver desaparecido. Mis ojos lo vieron como ahora las veo a ustedes, primero quisieron convertirme en chivo expiatorio, luego hicieron una exhibición de ilusionismo macabro. El tipo al que horadaron

estaba totalmente desnudo al pie de la cama revuelta, como si alguien lo hubiera matado cuando salía del lecho sobresaltado por algo; pero nadie está en la cama a media tarde, a no ser que esté enfermo. Además, ese hombre se había teñido barba y cabello, usaba lentillas de un color distinto al de sus ojos. Todo eso me huele a chamusquina. Y soy yo el que tiene las pistolas. De modo que me van a contar la historia por las buenas o las dejaré aquí solitas con sus problemas, para irme, en el coche de usted, a Blenheim a contárselo todo a la policía y que ellos desenreden la madeja.

Ellas estaban escuchándole muy atentas. Ya se les había pasado la agitación de la pelea. Qué estupendo par de buenas mozas, para un juego de clase muy distinta al que estaban jugando... Puesto a elegir, Nelson se habría quedado con las dos.

La rubia había tomado su decisión. Respiró hondo y se echó atrás una guedeja rebelde con airoso gesto.

—De acuerdo, se lo diré. Mi marido me debe dinero, vine a exigirselo.

—¿A punta de pistola?

—Era una precaución elemental. Sabía que ahora vive aquí con su querida y que no iba a gustarles lo que venía a exigir.

—Ajá. Continúe. ¿Por qué le debe dinero su marido?

—Cuando nos divorciamos ocultó ciertos ingresos importantes, negocios que había realizado, negocios fraudulentos. Yo no tenía ni idea de ellos entonces, luego me he enterado. Y los considero bienes gananciales, vine a exigirle la mitad.

—¿Cómo cuánto?

—Cien mil dólares neozelandeses.

Nelson silbó, quedo.

—En efecto, es como para traer pistola... ¿Esperaba que él se los daría sin más?

—Tengo pruebas de sus negocios ilegales a buen recaudo. Bastarían para meterlo en presidio por unos años. Y él sabe de lo que soy capaz.

—Ya...

—Está mintiendo —la voz de la morena era fría e incisiva—. Es más, juraría que ella es la amante de mi cuñado. Si se ha fijado en su acento habrá notado que ni siquiera es inglesa, aunque sabe disimularlo muy bien.

La rubia giró a afrontarla con clara inquina.

—Soy neozelandesa, de madre danesa, y me he criado en Dinamarca hasta los quince años. Eso lo puedo probar, como mi matrimonio con Harold Jewell. Y ya que hablamos de acentos, tampoco el suyo es muy puro, que digamos.

—Porque sí soy inglesa, aunque criada en Australia. Cualquiera que haya vivido un tiempo en Sidney, o sus alrededores, podrá decirle que allí es muy normal mi acento, sobre todo si hay canadienses en la familia, como es el caso de mi madre.

CAPÍTULO V

Como aventura, no estaba nada mal. Nelson invitó cortésmente, a punta de pistola, a aquel par de radiantes y peligrosas amazonas a pasar al *living*.

—Pueden reconfortarse con un trago, si gustan. Pero no cometan la estupidez de imaginarme demasiado tonto, porque no lo soy. Y me dolería muy de veras tener que agujerear unos cuerpos tan bellos.

Ellas entraron muy sobre sí. ¿Quién de las dos mentía más? La rubia fue a servirse una copa y, mientras, la morena le hizo furibundas señas indicadoras de que la otra era una impostora y debía fiarse de ella únicamente. Pero al volverse, su rival volvió a ser tan expresiva como un *bibelot* de porcelana y, a su vez, marchó a prepararse otro de sus combinados, pero sin quitarle ojo. La rubia en cambio había decidido adoptar sin duda una nueva táctica. Indiferente a su propia pistola, recogió su bolso de donde lo echara Nelson, sentóse y sacó losartilugios de belleza, poniéndose a recomponer lo descompleto durante su pelea con la morena. Actuaba con absoluta naturalidad. Y la morena, de inmediato, se puso a imitarla, pero en otro ángulo, con lo cual fueron un pequeño problema para mantenerlas vigiladas.

—Describame al hombre que dice vio en la alcoba.

Nelson nada tenía que perder haciéndolo. Cuando hubo acabado, la rubia denegó con la cabeza.

—Ése no es Harold.

—Ya se lo dije yo.

Ni se miraban, pero cada una estaba muy alerta a la otra.

—¿Cómo es el interesante señor Jewell?

—No tiene nada de interesante, ni física ni intelectualmente. Y en lo moral es un asco.

—Es alto, pero menos que usted, tiene cuarenta y tres años y no los representa, pelirrojo, con entradas, usa barba cuidadosamente recortada y tiene ojos azul-grises. Caza, monta a caballo y nada, se mantiene en forma. Le gustan demasiado las mujeres para serle fiel a una sola, si pudiera tendría un harén. El hombre que usted vio

muerto sin duda estaba haciéndose pasar por él.

—Eso iba a decirlo yo. Se ve que ha venido muy bien aleccionada.

—No menos que usted, con la diferencia de que sí soy su cuñada y por eso le conozco muy bien.

—Es su amante. Una de ellas, claro, las cambia como de camisas.

—Usted debe saberlo muy bien...

—Basta de pelotearse dardos verbales, señoras. Por el momento, y para entendemos un poco, aceptaré que la una es esposa y la otra cuñada del extraordinario señor Jewell. La esposa ya dio un bonito y razonable motivo para encontrarse aquí, la cuñada otro no menos razonable...

—¿Qué le dijo?

—La verdad. Mi hermana y mi cuñado están de viaje por Europa.

—Eso no...

—¡Basta, dije! A ver si logramos entendemos un poco. ¿Qué me cuentan de la mujer que me acogió con escopeta y perro? Hasta ahora ninguna se ha molestado en mencionar si la conoce de algo.

—Yo de nada.

—Yo tampoco. Y no comprendo qué podían estar haciendo aquí ella y el que usted afirma que le golpeó.

—Probablemente, vinieron a pedirle también dinero al señor Jewell. Y como no se lo dio, lo mataron.

Curioso, su sarcasmo obtuvo un doble silencio por respuesta. Ambas ya habían recompuesto su belleza, ahora las tenía delante, enigmáticas tanto como guapas.

Menudo par...

—De que hubo un muerto, yo testifico...

—Le dieron en la nuca, acababa de despertarse, sin duda estaba mareado.

—Y dolorido. Pero tenía muy clara la visión. Olvídelo, no vi espejismos. Y el mismo hecho de la presencia de ustedes aquí esta noche me basta y sobra para saber que a ese tipo de arriba lo mataron. Algo muy importante se me escapa porque no soy un policía, ni siquiera un periodista de esos que en el cine y la televisión resuelven genialmente los casos criminales. Pero no nací ayer. Mi fortuita, y malhadada, entrada en escena ha debido trastocar un montón de planes a un puñado de gente, entre quienes se cuentan ustedes dos. ¿Me engaño?

No le contestaron. La rubia había sacado del bolso tabaco y se puso a fumar. Lo estaba tomando con demasiada calma. Y la morena también, bebía lentos sorbos de su vaso, sentada en el brazo de uno de los sillones.

—Quien calla otorga. Algo me dice que el señor Jewell es un pájaro de mucha cuenta, sólo así puede interesar tanto a mujeres como ustedes y la que me recibió. Que todas buscan algo, para ustedes de mucha importancia, es tan evidente como que no son apacibles y dulces mujercitas de la muy honorable clase media. ¿Y si llegamos a un acuerdo de principio?

—¿A qué se refiere?

—Se ponen de acuerdo para decirme la verdad, pero la verdadera verdad, y a lo mejor les ayudo a buscar eso que les interesa.

—Está adelantando demasiadas suposiciones, señor Nelson. Aquí no hay nada que interese a nadie.

—Seguro. Y ésta es una apacible reunión social. Pero sigue contando el tipo acribillado a balazos que encontré en la alcoba y..., y aquí tenemos otro visitante nocturno. Para estar la casa tan aislada, convendrán conmigo que hay esta noche mucha animación. Ellas también habían oído ya el ruido del automóvil que llegaba. Y ambas habían cambiado de modo apenas perceptible. Nelson no les quitaba ojo, habló de nuevo con tono mordaz:

—Tranquilas, mis bellas amigas. Esta vez la luz quedará encendida y esperaremos juntos al nuevo visitante. Sólo falta que también sea mujer y afirme ser la esposa, la cuñada o tal vez la hija del dueño de esta propiedad.

A todas luces, ellas estaban ahora tirantes. Pero se neutralizaban y eso daba ventaja a Nelson. Se quedaron, pues, quietas, a la espera, una fumando, otra bebiendo. Y allí fuera el automóvil se acercó por el sendero privado, llegó a la explanada y se detuvo. Pasó un minuto, dos, tres...

Y el timbre de la puerta sonó recio. Imperativamente.

—Vaya, al menos éste no tiene llave ni gonzúa... Vamos, iremos todos a ver quién es, puede que se trate del mismísimo señor Jewell.

A su suave e irónica conminación ellas respondieron levantándose en silencio. Salieron por delante de él, ligeramente rígidas. Nelson no les quitaba ojo mientras se preguntaba quién diablos sería el

nuevo visitante y qué cambios aportaría a la endemoniada situación.

—Abra usted misma, señora Jewell...

Pasando por alto la ironía, la rubia tiró el cigarrillo a medio consumir con un ademán enérgico y abrió, con impasible expresión. Allí, delante de la puerta, había otra mujer. Y qué mujer...

Alta, fornida y guapa, con una belleza dura, pero evidente. Tenía un cuerpo macizo y, a la vez, bien formado, una hembra de esas que encandilan los ojos de los hombres del campo en todas partes. Vestía un traje de color azul, razonablemente ceñido a sus rotundos pechos y caderas, discretamente minifaldero, y calzaba botas. La verdad era que tal mujer no las necesitaba para nada, sin duda podría tumbar de un revés a casi cualquier representante del mal llamado sexo fuerte. Tenía un cabello castaño rojizo que le llegaba hasta los hombros. En la mano, mejor dicho el antebrazo izquierdo, traía un bolso de piel de cocodrilo.

Por un momento, aquella hembra de rompe y rasga quedó como desconcertada. Desde luego, Nelson se había metido la pistola en un bolsillo de la chaqueta, pero sin soltarla, estaba cerca de la entrada al *living*. La morena y la rubia miraban a su impresionante congénere con una mezcla de interés, recelo y cautela.

—¿Qué pasa aquí? ¿Quiénes son ustedes? ¿Dónde está mi hermano? Una voz dura, casi varonil, y, sin embargo, agradable, acorde al físico. Imperiosa, aquella hembra era de armas tomar. Nelson había respirado hondo y dijo con voz suave:

—No me diga que es la hermana de Harold C. Jewell...

La mujerona le miró como si fuese un chiquillo insolente.

—Pues sí se lo digo. ¿Dónde está Harold?

—Según su cuñada, de viaje por Europa. Según su esposa, probablemente con alguna de sus amantes de ocasión. Yo no tengo la menor idea.

—¿De qué está hablando? ¿Conoce a su cuñada y a su esposa?

—¿Usted no? Tranquila. Como ve, esto es una pistola y está cargada. Hace pupa, créame.

Ella, la mujerona, había hecho ademán de abrir su bolso. Pero al verse apuntada lo refrenó, endureciendo mucho el gesto. Miedo, desde luego, no tenía.

—Vaya, es un asalto... Sospeché algo parecido cuando descubrí que

el teléfono estaba cortado.

—Y por eso se apresuró a venir a ayudar a su querido hermano, naturalmente... Pase, por favor. Señora Jewell, tenga la bondad de cerrar la puerta. Señorita Brett, coja el bolso de nuestra visitante y échemelo, sin tratar de abrirlo.

Todas tres le obedecieron con sospechosa docilidad. La fornida mujer habíase sobresaltado ligeramente al oírle, pero avanzó tres pasos mientras la rubia cerraba la puerta y la morena se le acercaba. Nelson tenía el dedo en el gatillo y estaba de lo más alerta.

—¿Qué es eso de señora Jewell y señorita Brett?

—Debería sorprenderme de que no conozca a su cuñada y a la hermana de ésta, señora...

—Señorita. Soy Martha Jewell. Y estas dos individuos nada tienen que ver con mi hermano, ni yo las he visto jamás.

CAPÍTULO VI

La ruda afirmación de la presunta hermana del propietario de la casa pareció embotarse en los fríos rostros de las otras mujeres. Pero a Nelson también lo dejó frío.

—No esperaba otra afirmación por parte suya. Naturalmente, ellas van a contestar que usted es tan hermana del señor Jewell como yo rey de Inglaterra...

—Es una impostora —la rubia lo dijo con total frialdad. La mujerona giró agresiva hacia ella.

—Ciertamente que lo es. Harold no tiene hermanas, sólo un medio hermano que ahora reside en Brisbane.

La mujerona cortó su gesto para volver a girar, ahora contra la morena. Aún no había soltado su bolso. Nelson la refrenó.

—Tranquila, por favor. Éste es un bonito acertijo y yo tengo empuñada la pistola.

¿Quiere tenderle su bolso a la señorita Vanessa Brett? Es la morena. La mujerona vaciló. Respiró hondo. Luego obedeció.

—En mi bolso llevo mi...

—Carnet de conducir, y su nombre, identificándola, lo sé. Y también me parece que habrá una pistola cargada. Es por lo visto lo usual entre las mujeres de la familia Jewell... Ajá... Aquí está. Y caramba, usa lo mejorcito.

Había abierto, habilidosamente, el bolso, echando una ojeada a su interior y descubriendo el «Colt» especial que allí estaba. Manteniendo el bolso en aquella mano y la pistola apuntando a las tres mujeres, las invitó, sonriente, a que pasaran al *living*, separándose lo justo. Ellas obedecieron sin rechistar.

—Bien, ya tengo aquí a casi toda la familia. ¿Por qué no se ponen cómodas? Por mi parte me siento de lo más estimulado ante la presencia de tres guapas y jóvenes mujeres...

—No haga el payaso, idiota. ¿Qué pinta usted aquí?

La mujerona era agresiva de veras. Nelson se lo dijo mientras sacaba el «Colt» especial de su bolso y se lo metía entre camisa y pantalón, poniendo antes el seguro, que estaba alzado.

—Nada. Absolutamente nada. Yo había salido a realizar una apacible excursión campestre por estas bellas soledades y mi automóvil se estropeó. Gracias a tan trivial incidente me veo metido hasta las orejas en un estupendo asunto de misterio, «suspense» y asesinato...

—¿Asesinato? ¿A quién han matado?

—En lo único que nos hemos podido poner de acuerdo antes de que usted apareciera es en que el muerto no es el señor Jewell..., su hermano de usted.

—¿Dónde está?

—No lo sé. Se lo llevaron mientras yo conversaba con la señorita Brett.

—¿Qué clase de burla es ésta?

—A mí no me parece una burla. ¿Y a ustedes dos?

Le contestaron dos sonrisas que valían para todo. La mujerona recuperó su bolso, lo abrió y extrajo del mismo un paquete de tabaco, sacando un cigarrillo. También tenía nervios templados.

—Describame a ese muerto que vio —exigió secamente. Y una vez más hizo Nelson la descripción. Pero ahora hubo variante—. Ése es Andrew Tucker. Pero no comprendo por qué lo mataron, menos aún por qué lo desnudaron y todo lo demás.

—¿Puede decimos quién es ese Tucker?

—Guardaba la casa durante las ausencias de mi hermano.

—¿Con un perro?

—Sí. Un pastor alemán. Deben de haberle matado también.

—No. Lo llevaba consigo la mujer que me recibió al llegar y me invitó cortésmente a entrar en esta casa.

—¿Cómo era ella?

Nelson la describió. De nuevo hubo sorpresa en la respuesta.

—Era Dora Radfern.

—¿Y quién es Dora Radfern?

—Amiga de mi hermano. No me ocupo de sus asuntos privados, es muy dueño de hacer lo que le plazca.

—Sin duda. ¿Puede decirme dónde está su hermano ahora?

—Tenía que estar aquí, con Dora. Yo llamé por teléfono y al no contestar ni dar señal me preocupé. Cuando continuó la línea cortada decidí venir a averiguar qué había sucedido...

—¿Por qué lo hizo? ¿Temía acaso que a su hermano le hubiera

ocurrido algo desagradable?

—Pregúnteles a ellas. No han venido aquí a calentarle la cama a mi hermano. Y desde luego no son lo que dicen.

Su feroz afirmación provocó dos reacciones parecidas a la morena y a la rubia, pero ambas silenciosas. Nelson siguió, suave:

—Dígamelo usted, por favor.

—No me da la gana. ¿Por qué tendría que hacerlo? Admite ser sólo un intruso, esto no le incumbe.

—Seguro. Pero me han metido hasta las orejas en ello. Y además, soy el que tiene las pistolas de ustedes tres.

—Si no fuera por ésa que empuña ya le enseñaría yo quién es más fuerte.

—No lo dudo. Y sería un verdadero placer comprobarlo, créame.

Su blanda respuesta pareció causar una rara impresión a la mujerona. También a las demás. La rubia dijo, burlona, incisiva y desdeñosa:

—No me diga que es de los que gustan del caballo grande...

La réplica de la mujerona fue totalmente impublicable, también femenina, y acompañada por un conato de agresión física que Nelson cortó:

—Calma las dos. Dispararé si tratan de provocar una pelea para descuidarme. Pues, sí, señora Jewell, soy de los que nunca hacen ascos a una mujer hermosa, sean cuales fueren su peso, edad y color de cabello o de piel. Creo que cualquiera de las tres deben resultar sencillamente estupendas en el hermoso y fatigante juego erótico y que la señorita Jewell, adecuadamente tratada, no dará peores resultados que usted, por ejemplo.

—Eso lo puedo asegurar —había enconada presuntuosidad en la réplica de la mujerona. Condenadas mujeres...— Soy más mujer que cualquiera de estas gatas, en todos los terrenos. Pero no trate de embaucarme con su miel de boca, buen mozo, porque no lo logrará. Podría dejarlo hecho un guiñapo en la clase de combate que usted eligiera, mas no vine a buscarme un galán. ¿Por qué quiere saber cosas de mi hermano?

—Porque estas dos bellas jóvenes me han dicho lo bastante para excitar al máximo mi curiosidad.

—Lo que ellas hayan dicho... Harold es como yo, todo un hombre, y ya me entiende. Siempre le gustaron las buenas peleas, las

aventuras y las mujeres. Es tan alto como usted, un poco más viejo y algo más fornido, puede que tan buen mozo. Y sabe cómo tratar a hombres y a mujeres. A él no lo habrían sorprendido como a ese tonto fanfarrón de Tucker.

Era una sarta de jactancias, ni más ni menos.

—Pero usted ha corrido a echarle una mano a la primera sospecha de que podía estar en apuros.

—Eso nada tiene que ver con lo otro. No terminaba de gustarme Dora Radfern, desde que la trajo a esta casa se lo dije. Tampoco Tucker terminaba de gustarme. Pero mi hermano se ríe de mí, me dice que veo visiones. Yo sabía que tarde o temprano terminarían encontrándolo.

—¿Encontrándolo? ¿Quiere decir que le buscaban?

—Ya lo está viendo. Estas dos deben haber tenido algo que ver con él. Harold es un gran tipo, no lo dude. Tiene un modo especial de opinar con respecto a las mujeres. Por ejemplo, se casa con ellas.

—¿Se... casa con ellas?

—Como lo oye. Mírelas, qué calladitas... A él siempre le han gustado así, escurridas, casi andróginas, muy elegantes... Y a ellas las chifla su potencia de macho sin diminutivos de ninguna clase, usted me entiende. De modo que debe haberse casado una veintena de veces por esos mundos, creo que él mismo ha perdido la cuenta.

—¿Debo entender que se casa... y se olvida de divorciarse?

—Usted lo ha dicho. El divorcio sólo trae enredos de todo género. De modo que, cuando se cansa de ellas, mi hermano alza el vuelo y no deja rastros. Naturalmente, nunca utiliza su verdadero nombre, sería estúpido. Viene aquí, a su casa, a descansar una temporada; pero no es capaz de permanecer tranquilo mucho tiempo y pronto vuelve a alzar el vuelo en busca de otra paloma brava y otros aires. Así es él y no puede cambiar.

—Pues no está mal el método... Aunque supongo que tendrá sus quiebras.

—Seguro que las tiene. Pero él nunca me las ha contado. Se las arregla para conseguir dinero en abundancia, de alguna parte, tampoco me lo confía ni yo se lo pregunto. Pero tenía la premonición de que tarde o temprano alguna de las mujeres por él burladas iba a localizarle. Y por lo visto dos de ellas lo han conseguido al mismo tiempo.

Miró acusadora a ambas, pero ninguna acogió su reto. Nelson inquirió:

—¿Es así, señora Jewell?

—Piense lo que guste. Ya le dije que soy su esposa.

—¿Señorita Brett?

—Soy su cuñada. Desde luego, ignoro cómo esta mujer sabe tanto de Harold, pero me consta que él no tiene hermanas.

—¿Le consta también que es mentira cuanto ha dicho?

—No, eso no. Sé que él ha tenido una agitada existencia amorosa. En la que personalmente no he entrado.

Eso lo dijo con un curioso aire de reto y Nelson tuvo la presciencia, por otra parte desconcertante, de que al menos en aquel detalle era sincera. La mujerona emitió un sonido despectivo e incrédulo, la rubia se mantuvo impasible.

—Las dos han venido buscando dinero, amigo, eso puede tenerlo por seguro. Pero mi hermano es malo para hacerle un chantaje. Lo que me preocupa es dónde pueda estar...

—Imagino que fue él quien me atizó el porrazo en la nuca cuando su amiga me hizo entrar aquí.

—Podría ser. Quizá buscaron convertirlo en chivo expiatorio, un vagabundo ladrón que entra en la casa creyéndola vacía y al encontrarse con el guardia le da muerte a tiros... Luego, cuando éstas comenzaron a llegar, comprendieron que el asunto no podían plantearlo así y decidieron escamotear el cadáver.

—Hay una serie de puntos flacos en su hipótesis, señorita Jewell.

—¿Sí? ¿Cuáles?

—Primero, no podían contar con mi llegada, era absolutamente impredecible. Segundo, usted afirma que el muerto era guardián de la casa, le pegaron cinco tiros en el pecho, casi a bocajarro, estando desnudo; tuvieron que pegárselos su hermano o bien Dora Radfern, pero no se ve por ningún lado un motivo...

—Le daré dos. Tucker era un macho cabrío, me consta que andaba como loco acechando a Dora, a mí misma me hizo a menudo proposiciones. Y Dora estaba jugando a dos paños, no vino aquí y aceptó ser la amante de mi hermano sólo porque él le gustaba.

—Hum... ¿Qué más?

—Ya se lo he dicho. Harold siempre ha manejado mucho dinero. Ese par tuvieron que ponerse de acuerdo para conseguir un buen

beneficio. Harold no parecía hacer caso a mis avisos, pero ahora creo que conocía a ambos mucho mejor que yo misma. Tuvo que tenderles una trampa, debió atraparlos haciendo el amor en su propia cama y entonces mató a Tucker. A Dora la convirtió simplemente en su cómplice, ella es una zorra muy lista. Al pronto acaso mi hermano planeó hacer pasar el asunto como defensa propia de Dora al verse forzada por Tucker cuando se encontraban ambos en la casa. Pero llegó usted y cambió de plan. Luego comenzaron a aparecer éstas y todo se enredó... Y ahora mi hermano y Dora deben andar muy cerca, aguardando su oportunidad para completar esta cacería. Porque no pueden, de ninguna manera, dejarles vivos a ustedes tres, aparte de que con toda seguridad ninguno de ustedes dijo a nadie que venían precisamente aquí. Suelte esa pistola, amigo, está cubierto por la espalda.

CAPÍTULO VII

La mujerona había estado hablando gárrulamente todo el tiempo. Pero de pronto la voz se le aceró, al dar la orden, y se puso en pie. Nelson había estado todo el tiempo esperando algo parecido. Por eso no se encontraba exactamente dando espalda a ninguna de las puertas que había en el *living*. Y cuando oyó la conminación hizo, exactamente, lo más imprevisto.

Tirarse al suelo y disparar hacia el conmutador de la luz.

Al mismo tiempo, a su espalda sonó un seco estampido y una perdigonada con postas de caza mayor pasó justo por el punto donde un instante antes se encontraban su cabeza y cuello; tan justo que un par de aquellos perdigones le hicieron la raya del cabello con desagradabilísima sensación.

Pero su disparo había sido perfecto, destrozando al conmutador y dejando instantáneamente a oscuras el *living*. Desde el suelo, apoyándose en él con una sola mano, giró y disparó instintivamente en la dirección de donde viniera el escopetazo. Fue otro reflejo intuitivo y le salvó la vida. El de la escopeta emitió un gemido ahogado y retrocedió velozmente, al tiempo que disparaba otra carga de postas gruesas que rebotaron contra el suelo y los muebles, a cortísima distancia de donde Nelson tenía ahora la cabeza, a seguro detrás de uno de los sillones de excelente cuero.

Un instante después, allí en la oscuridad se armó una batahola de todos los demonios. Nelson no se entretuvo en averiguar quién estaba peleando con quién, retrocedió tan aprisa como pudo hacia la puerta que sabía daba a la mezcla de despacho y biblioteca, desde donde le acababan de disparar tan alevosamente, y a medio camino cambió de rumbo, guiado por los estrepitosos ruidos de la pugna a brazo partido que al menos dos de las tres arriscadas mujeres poco antes en su compañía estaban sosteniendo más o menos en mitad del *living*.

Estaba seguro de haber acertado a quien disparó con la escopeta, pero no menos cierto de que todos, hombres y mujeres, los allí presentes, eran cualquier cosa menos sus amigos. Llegó, sin

novedad, al punto que había elegido para su fuga, se enderezó en la oscuridad velozmente, abrió la falleba del ventanal y la alzó con la mano izquierda, empujando hacia fuera con ímpetu, saltando con absoluta limpieza, como un campeón olímpico, del suelo, del *living* al duro y libre exterior alumbrado por las altas estrellas. Luego corrió con toda su agilidad precisamente hacia el lado opuesto a aquél donde podían estar aguardándole. Hacia donde se encontraban los dos automóviles.

Con todo, se había olvidado de un detalle. Y el detalle surgió de improviso ante él, con un gruñido amenazante y un salto poderoso. El perrazo que acompañaba a la de la escopeta.

Nelson le disparó al perro casi a bocajarro, le acertó, pero no debió ser en ningún punto realmente vital. Volviendo a gruñir, ahora más fuerte, de dolor, el perrazo le cayó encima con las fauces abiertas, y Nelson tuvo el tiempo justo para esquivar la terrible dentellada. Aún así, el impacto de sesenta kilos de perro pastor alemán entrenado para cazar hombres lo derribó, haciéndole perder de paso la pistola.

Luchar con las manos limpias contra un pastor alemán bien entrenado es cualquier cosa menos un juego. Nelson no tardó en comprobarlo. Se encontró de inmediato luchando por su propia vida y cuando una formidable dentellada le atrapó el antebrazo izquierdo, haciéndole sentir un dolor lacerante que le subió de golpe al cerebro, gritó. Sólo tenía una solución...

Dejando que el perrazo se cebara en su presa, metió mano, la derecha, entre el cinturón y la camisa, atrapando la pistola que quitara a la mujerona. Alzando el seguro, apuntó al pecho del perro y apretó el gatillo.

Se le heló el corazón cuando no sonó el disparo. Volvió a apretar el gatillo... y nada. Aquella pistola estaba descargada.

En aquel momento, una figura esbelta entró en su campo de visión, se agachó, volvió a levantarse y Nelson comprendió que ella, quien fuera, acababa de coger la pistola por él perdida. Antes de que pudiera reaccionar, vio el fogonazo, oyó el estampido.

Y el perrazo, con un sordo gruñido de agonía, se desplomó sobre él sin por eso abrir las mandíbulas.

Jadeando, Nelson dio gracias mentalmente a quienquiera que le hubiese ayudado, tiró la maldita pistola descargada y agarró la

mandíbula superior del perro, tironeando mientras pedía ayuda:

—¡Écheme una mano, me ha atrapado el brazo!

Sin hablar, su salvadora se inclinó sobre él. De inmediato llegó a sus narices un leve y personal perfume. De modo que fue la morena...

—¿Está herido?

—Imagínese. ¿Cómo pudo escapar?

—La vi asomar con la escopeta y cuando usted disparó al conmutador me tiré al suelo. Luego seguí su mismo camino de huida.

Le había ayudado a liberar el lacerado brazo. Ahora ella tenía la pistola de la rubia y él la de ella, pero en un bolsillo. No era momento para minucias. Se incorporó, rechinando los dientes de dolor.

—¡Cojamos uno de los coches!

Corrieron al primero que tenían más cerca. Ella demostró una vez más que le sobraban iniciativas.

—¡Yo tomaré el volante!

Nelson agarró la manilla de la portezuela con la mano sana y la abrió, metiéndose aprisa en el asiento delantero mientras ella, veloz como pantera, corría a introducirse en el asiento del conductor.

Pero aquel coche no arrancaba. Eso resultó evidente de inmediato.

—¡No arranca, deben haberle arrancado el cable de contacto!
¡Vamos al de ellas!

De nuevo Nelson se movió aprisa. Sentía chorrearle la sangre de las dolorosísimas heridas causadas por los largos colmillos del perro y el dolor le entumecía todo el lado izquierdo, hasta la nuca. Cuando ya iba hacia el otro coche miró, instintivamente, hacia atrás y descubrió a la mujer que asomaba por la esquina. También vio lo que llevaba en las manos.

—¡Cuidado, cúbrase! —gritó, y se tiró él mismo en *plongeon*, como no lo mejoraría un guardameta de fútbol, tras el amparo del vehículo. Inmediatamente le llegó la perdigonada, chocando estrepitosamente contra la carrocería. A su espalda, algo hizo «puuuufffffff» a la segunda perdigonada, cuando ya iba él encogido y a cubierto. Se habían quedado sin medios de transporte.

Y ahora sí que no había otra solución sino la de mover las piernas a la mayor velocidad posible.

Nelson así lo hizo, calculando el tiempo que la tiradora iba a

necesitar para recargar la escopeta. Como poco, treinta segundos, suficientes para que él recorriera doble número de metros.

Posiblemente no había corrido tan velozmente como lo hizo entonces, en plena oscuridad. Por suerte, recordaba de modo brumoso la configuración del terreno. Mientras corría, vio la delgada sombra ágil de la muchacha morena imitándole. Chica lista...

—¡Hay que saltar la balaustrada hasta la otra terraza antes de que recargue la escopeta!

—¡Ya lo sé!

Allí estaba la balaustrada. Limpiamente, Nelson saltó, apoyóse con su mano libre sobre el borde superior del parapeto y voló grácil como un pájaro, para ir a aterrizar a tres metros más abajo sobre un parterre de tierra bastante blanda, hierba tupida y flores espesas, que amortiguó mucho el golpetazo. Alzándose enseguida, comprobó que la muchacha morena ya estaba también de pie.

—¡A la derecha! —Oyó su voz silbante y en tono justo. Obedeciéndola, corrió tan aprisa como sus piernas se lo permitían. Pudo alcanzarla y emparejarse con ella, pero no intercambiaron más conversación. No, porque estaban corriendo por sus vidas.

Al extremo de aquella terraza ajardinada se abría el arranque de un sendero que descendía a todas luces hacia el valle. La muchacha le avisó:

—¡Déjeme ir delante si no conoce el terreno!

—¡De acuerdo!

Un momento después, allí atrás, en la terraza alta, restallaban de nuevo los escopetazos. Afortunadamente estaban ya a unos cincuenta metros de distancia en la oscuridad y la tiradora disparaba al azar. Aún así, algunos de los endemoniados perdigones gruesos pasaron escalofriantemente cerca de Nelson y le pareció que su compañera de fuga era alcanzada.

—¿Está herida?

—¡Siga corriendo!

Claro que iba a seguir corriendo. Tanto como sus pulmones y piernas se lo permitieran. Pensar en afrontar a una escopeta cargada con perdigones gruesos teniendo por toda arma una pistola del 9 corto, además de un brazo totalmente inutilizado, sólo se le ocurriría a un perfecto idiota; él no lo era.

Minutos después alcanzaban lo hondo del valle y la orilla del río. La muchacha que le precedía se echó al agua sin vacilar y Nelson decidió seguirla. El agua estaba deliciosamente fría y de momento sólo le llegó a medio muslo. Metiendo mano al bolsillo cogió la pistola y la sacó. No le convenía que se le mojara, aunque era arma para aguantar una simple mojadura momentánea. Si había que nadar...

No hubo que nadar. En la parte más profunda, la corriente le llegó a mitad del pecho.

Era fuerte, pero pudo arrostrarla sin necesidad de perder pie. Delante de él, la joven sí se echó a nadar, pero lo hizo por breve tiempo, media docena de brazadas. Luego volvió a erguirse y salió aprisa a la otra orilla agarrándose de unas ramas.

Nelson salió tras ella un par de metros más arriba y se echaron juntos al suelo, resollando. Durante unos minutos otra cosa no pudieron hacer, necesitaban llenar de aire los pulmones y encalmar el ritmo respiratorio.

Luego Nelson gruñó, en tono bajo:

—Antes que se me olvide, gracias por lo del perro.

—Lo habría degollado si no llego a meterle una bala en el cráneo — la voz de ella tenía una nota ronca, vibrante y cálida, sumamente grata ahora, por comprensibles y subjetivísimas razones, en los oídos de Nelson—. Como ha podido comprobar, iban en serio.

—Y tan en serio... Diablos con las mujeres de esta parte del mundo...

—Usted se ha metido de cabeza en un mal avispero. ¿Puede seguir corriendo? Cuanta más tierra pongamos entre ellas y nosotros, tanto mejor.

—Entonces andando. ¿Fue usted quien se enzarzó con la peso pesado?

—Fue la rubia. Pero deben haberla puesto fuera de combate entre las dos.

—¿Qué dos?

—Era una mujer quien empuñaba la escopeta, no un hombre. La vi bien antes de que usted acertara al conmutador. La que dice que estaba aquí cuando usted llegó.

—Vaya...

—Vamos. Usted la hirió, pero debió ser ligeramente. Y ahora van a

perseguiamos con toda saña, necesitan acabar con nosotros.

Desde luego, todos los síntomas a ello apuntaban... Levantándose, Nelson continuó la huida a través de la espesura, siguiendo de oído a su ágil compañera hasta que abandonaron la sombra de los grandes árboles para salir a un espacio despejado. Allí disponían de la suficiente claridad para verse bien las siluetas. La muchacha señaló un punto ante ellos.

—Vamos hacia allí. Creo que por el momento les hemos despistado.

CAPÍTULO VIII

Se dejaron caer sobre la fresca y espesa hierba resollando como ciervos acosados. Al cabo de unos minutos, la muchacha inquirió:

—¿Lleva encendedor?

—Sí. Pero ¿no cree que sea peligroso?

—No dará luz bastante para que nos descubran por ella dentro de esta arboleda. Y la necesitamos para examinar y curar su herida.

Desde luego, algo había que hacer, y pronto, con su brazo. Nelson sacó el encendedor y prendió la luz.

La débil llama le mostró el bello rostro de la muchacha, pálido por la excitación y la fatiga. Estaba empapada. Ella miró a su antebrazo izquierdo y dijo:

—Pierde mucha sangre.

Era cierto. Tenía roja de sangre aquella mano y también las mangas de chaqueta y camisa.

—Apague, le ayudaré a quitarse la chaqueta.

Así lo hizo y Nelson se lo agradeció. Ahora, apagada la excitación de la huida, el dolor de la herida era verdaderamente insoportable.

Tuvo que sostener personalmente el encendedor mientras la joven examinábale la herida. Maldito perro...

—Le ha debido llegar al hueso, es un mordisco atroz.

Lo era. Los colmillos le habían penetrado profundamente en el antebrazo, a pesar de la protección de la chaqueta; la sangre fluía rápida por una docena de agujeros.

—Hay que vendarle aprisa y hacerle un cabestrillo. Tendrá que quitarse la camisa. Deme su pañuelo, también.

Demostró ser una experta enfermera. Con el pañuelo doblado, y el de ella, hizo dos tampones que aplicó directamente a las heridas, con tiras de la camisa un vendaje y luego un cabestrillo, donde Nelson descansó su brazo. Entonces trataron de nuevo la situación, en voz baja y alerta a todos los ruidos.

—Probablemente ignoran que el perro le estropeó un brazo, pero tal vez piensen que uno de los dos va herido. De todos modos, la que usted hirió necesitará curarse antes de que reemprendan la cacería.

—¿Por qué cree que nos van a cazar?

—Necesitan a toda costa acabar con nosotros. Fue una pena no creerle cuando nos encontramos, pero no me podía descuidar, pensé que era una trampa.

—Sí que lo fue.

—Ahora estaríamos en mucha mejor situación de la que estamos. Supongo que conserva mi pistola.

—En el bolsillo de la chaqueta.

—Disparé dos veces, le quedan seis proyectiles. Yo disparé una vez, usted dos, con la pistola que llevo, deben quedarme cinco balas, es una «Westley». No demasiado, pero puede ser suficiente...

—Usted no es la cuñada de Jewell ni se llama Brett, claro.

—Acierta a medias. Mi nombre es ése, pero no tengo nada que ver personalmente con ese hombre.

—¿Nada... de nada?

—Sé a qué se refiere. ¿Hasta qué punto puedo fiarme de usted, señor Nelson? Ya sé que es una pregunta tonta, pero contésteme.

—Bueno, yo diría que estamos siendo piezas de caza en la misma cacería y para los mismos cazadores.

—Cierto. ¿Es usted buen patriota, señor Nelson?

—Pues... La verdad, jamás me hice tal pregunta. Supongo que sí. Cuando era muy joven fui lo bastante tonto, o patriota, para alistarme en el ejército. Paracaidistas de combate. Cosas de juventud. ¿Por qué me lo pregunta?

—Voy a decirle algo que, pase lo que pase, debe prometerme no revelar a nadie sin mi autorización.

—Caramba... ¿De qué se trata, es espía, o miembro de alguna sociedad secreta, contrabandista...?

—Agente especial del Gobierno australiano, en misión de servicio. Nelson emitió un leve silbido de excitación.

—¡No me diga! ¿Es eso cierto?

—Tendrá que fiarse de mi palabra, por el momento no puedo ofrecerle más garantías. Comprenderá que nosotros no llevamos encima un certificado, o carnet, para exhibirlo cuando nos lo piden.

—Sí, claro... Agente secreto... Qué emocionante... ¿Sabe que me estoy sintiendo como uno de esos héroes de la televisión?

—Olvide la televisión, el cine y las novelas de aventuras. Esto es serio y en la realidad no ganan siempre los buenos.

—Eso ya lo sé, por experiencia. Agente secreto... Entonces, ese tipo, Jewell, ¿es también agente secreto o acaso un granuja internacional?

—Un buen hombre que no tiene la menor idea de lo que está sucediendo en su agradable mansión campestre. Como le dije, él y su esposa se hallan desde hace seis semanas disfrutando sus vacaciones por Europa. Es un industrial bien acomodado, sin hijos.

—Como no me lo explique mejor, no entiendo nada.

—¿Ha oído hablar de un hombre llamado Hudson? Tiene docenas de identidades, las va utilizando a medida que lo considera necesario.

—Entonces no sé nada de él. Allá en Londres yo vendía libros de todas clases a toda clase de gentes y la máxima excitación que podía conseguir estaba en los libros. Una vez tropecé con un estafador que en las carreras...

—Déjelo. Richard Arthur Hudson es, o ha sido, pues cabe que esté muerto, uno de los más audaces, despiadados, inteligentes y desaprensivos aventureros del último tercio de siglo. Ha hecho espionaje, subsecuente o alternativamente, para por lo menos media docena de países, occidentales o comunistas, a menudo fue agente doble y hasta triple. Siempre supo arreglárselas para escapar a todos los peligros. Hace dos años desapareció y todo indicaba que se había estrellado en pleno Mediterráneo cuando viajaba con un amigo en una avioneta deportiva. Se le dio por muy oportunamente muerto.

—Pero no murió...

—Fue otra de sus hábiles jugadas. Al parecer ya estaba harto de la vida que llevaba, había cumplido cuarenta y dos años, deseaba retirarse y vivir en paz. Preparó su ruta de escape y se esfumó. Pero era demasiado lo que sabía y tenía demasiados enemigos que no aceptaron la versión de su muerte.

—Y acertaron. Vino a refugiarse aquí...

—Sí. Con una identidad que aún desconocemos, vino a esta isla tras hacerse cambiar las facciones mediante una operación de cirugía estética.

—El tipo que vi muerto, ése que llamó Tucker la presunta hermana de Jewell...

—Ése era en realidad Anson Birdle, otro aventurero y viejo espía,

retirado hace años de la circulación. Jewell lo contrató como jardinero y guardián de su casa de campo hace tres años, ignorando su pasado. Birdle también prefería vivir apartado del mundanal ruido.

—Parece lógico, cuando uno se retira de una profesión como la suya.

—Birdle reconoció a Hudson como uno de los habitantes de esta comarca. Naturalmente, sabía el valor que tal informe tenía, deseaba mucho dinero para, dijo, adquirir una propiedad y llevar una vida cómoda; eso es lo que me dijo.

—¿Cuándo?

—Anteayer mismo. Se puso en contacto con nosotros, por medios que todo antiguo espía conoce, y nos ofreció la información a cambio de cien mil dólares. Naturalmente, no fue así de sencillo, él tenía que resguardarse y nosotros también. Hubo una serie de contactos absolutamente clandestinos, nosotros consultamos al Intelligence Service de Londres, para obtener su consentimiento, ya que a ellos les interesaba más que a nosotros el negocio. Finalmente se llegó a un acuerdo de principio, una vez comprobamos que Birdle parecía estar diciendo la verdad.

—Y la enviaron a usted... ¿Por qué no a un hombre?

—Habría resultado peor. En Blenheim y sus alrededores es notoria la afición de Birdle por las mujeres guapas. Verle cortejando a una, aunque fuese desconocida, no despertaría ninguna sospecha, ni tampoco si ella aceptaba venir aquí. Aunque no lo crea, en ésta casi vacía región las gentes están muy alerta a todo lo que hacen los demás.

—Me lo imagino.

—Así que fui encargada de esta misión. Naturalmente, no vine sola, dos compañeros, varones, están en Blenheim desde antes de mi llegada, se han turnado en vigilarme y, de paso, buscar información adicional que pueda servirnos para localizar a Hudson.

—¿Dónde supone que estará el que debía vigilarla?

—No tengo la menor idea. Puede que esté cerca de aquí, buscando el modo de conectar conmigo y averiguar lo sucedido, puede que se halle en Blenheim, solicitando ayuda, y puede que lo hayan matado. Son gajes del oficio.

—Ya. Continúe. Vino aquí...

—Como turista procedente de Wellington y disfrutando unas cortas vacaciones. Hice lo que cualquier turista vulgar y Birdle conectó conmigo de un modo también vulgar. Jugamos ostensiblemente el juego, me invitó a venir aquí, acepté, vine en su coche y discutimos las condiciones económicas. Birdle quería asegurarse bien de que cumpliríamos nuestra parte del convenio, pero yo sólo estaba autorizada a ofrecerle cincuenta mil dólares australianos por la información. Le pareció poco y exigió más.

Volvió a llevarme a Blenheim y transmití su demanda, así como mi convicción de que, en efecto, sabía dónde se ocultaba Hudson, pero no lo diría si no era a cambio de buen dinero. Convinimos una segunda entrevista. Yo debería llamarle por teléfono esta tarde, a determinada hora...

—Y se encontró el teléfono cortado.

—Exactamente. Eso me hizo sospechar, en el acto, que algo estaba sucediendo. Como no había tiempo que perder, vine con uno de mis compañeros mientras el otro se ponía en contacto con nuestro cuartel general. Dejé a mi compañero a milla y media de aquí, en la carretera, y seguí despacio. Desde luego no vi su coche por ningún lado, eso me habría puesto más en guardia; pero sí distinguí desde lo alto de la cuesta cómo se encendían y apagaban luces ahí, en la casa. De modo que bajé con el motor parado y me acerqué pistola en mano. Llegaba a la puerta cuando usted salía, lo demás ya lo conoce.

—Desde luego...

—Usted podía ser cualquier cosa, desde un ladrón de casas deshabitadas a un agente secreto de otro país, no me podía confiar, ni descuidar.

—Menos mal que ya se ha confiado...

—No he dejado de estudiarle.

—¿Y qué le parezco?

—Aún no estoy segura. Pero como antes dijo, somos la presa en esta cacería.

—Cierto. Dígame, ¿esas otras mujeres serán también agentes secretos?

—Probablemente, sí. Sospecho que Birdle hizo su oferta a más de un país, es cosa bastante corriente. Tanto le daba dar la información a uno como a dos, o a tres, y tres pagan más que uno solo. Pero esas

dos le pagaron con varios balazos. Apostaría a que son agentes soviéticas.

—¿Y la rubia?

—Tal vez norteamericana.

—Pues los servicios secretos tienen sin duda un estupendo plantel de Amazonas, caramba...

—A veces. Ustedes, los hombres, suelen ser muy vulnerables a la belleza femenina. Ahora que ya conoce la situación, ¿me ayudará sin hacer demasiadas preguntas? Para nosotros es de suma importancia descubrir y capturar a Hudson antes de que lo haga cualquiera de nuestros competidores.

—Eso imagino. Y dadas las circunstancias, creo que no me queda otro remedio sino aliarme con usted, después de todo le debo la vida. ¿Qué es lo que propone?

—Movernos. Hay que regresar a los alrededores de la casa. Esas dos no han vuelto para ver lo que hacíamos nosotros, sino para buscar algo que antes no pudieron encontrar, primero por la intromisión de usted, luego por la mía y la de la falsa esposa de Jewell. Es posible que estén rastreándonos, o esperándonos al acecho, suponiendo que intentaremos regresar.

—No me hace gracia la idea de afrontar más perdigonadas.

—No hay otro remedio, tenemos que conocer la situación.

—¿Y si fuéramos en demanda de ayuda?

—La casa más próxima que conozco está a unas cinco o seis millas. Y no tenemos coche. No olvide que ellas estropearon el que trajo la rubia y luego desinflaron una rueda del suyo de una perdigonada. Si les dejamos el campo libre, podrán encontrar lo que buscan y desaparecer antes de que nosotros podamos impedirles, de modo que debemos actuar...

CAPÍTULO IX

La noche continuaba siendo de lo más hermosa cuando volvieron a atravesar el río y se detuvieron entre el follaje, a descalzarse y quitarse los pantalones, que la muchacha retorció, quitándoles el agua.

—Con los zapatos encharcados y la ropa chorreando dejaríamos un rastro muy fácil de seguir. Tome, póngaselos.

Era muy excitante vivir tal aventura en tal compañía...

La noche seguía siendo tranquila a más no poder cuando reemprendieron la excursión con todo lujo de precauciones, cada cual empuñando su pistola. Alcanzaron la parte inferior de las terrazas ajardinadas de la casa de Jewell y se detuvieron allí.

—Creo que debemos separarnos. La que usted hirió ya debe estar vendada y habrán recuperado la pistola que la gorda trajo adrede descargada, ahora no lo estará. ¿Es capaz de rastrear en la oscuridad por terreno que desconoce?

—Era una enseñanza básica de los paracaidistas.

—Eso supuse. Yo iré por este lado, usted por ese otro. Suba con cuidado, es más fácil y seguro el ascenso, no se precipite, no trate de hacerse el héroe, lo que nos interesa es localizarlas. A la parte de atrás de la casa, y como a unos veinte pasos más allá de la finca propiamente dicha, hay un árbol grande, aislado. Si llega allí antes que yo, espéreme...

Luego desapareció y Nelson quedó solo con sus pensamientos, sus problemas, su brazo izquierdo en cabestrillo y doliéndole a rabiarse, mas una pistola del 9 corto con seis proyectiles.

Reptó cautelosamente la ladera, porque no deseaba que le pegaran una perdigonada a bocajarro con postas de caza mayor. La noche continuaba siendo bella y silenciosa...

Veinte minutos después estaba más o menos a mitad de camino en su ronda hacia el punto señalado por la morena; y nada había sucedido, ni cerca de él ni en ninguna parte. Ahora la casa era un bloque de silencio oscuro.

De repente escuchó, a su derecha y procedente de la casa, un ruido

leve, furtivo. Instantáneamente se pegó al suelo, debajo de un alto arbusto.

No había mucha luz, a decir verdad; sí la suficiente claridad, procedente de las inquietas estrellas, para poder descubrir el bulto furtivo que avanzaba precisamente en su dirección. Una de las Amazonas se dirigía a su encuentro, a todas luces con la sana intención de pasaportarlo al otro barrio. Naturalmente, se trataba de la formidable mujer que se presentó como hermana del inefable Jewell, o de la amiga suya de pelo leonado; no debió acertarle demasiado bien, era lógico, con tantas prisas.

Aquella mujer, fuera quien fuese, venía despacio, cautelosa. Y a poco, Nelson escuchó su respiración entrecortada, casi jadeante. No estaba resultando muy buena cazadora.

De haber estado él en posesión plena de sus facultades físicas la cosa no habría tenido mayores dificultades. Con un brazo cosido a dentelladas, entumecido y doliéndole a rabiarse, sí las tenía, era forzoso utilizar otro sistema. Se mantuvo, pues, pegado literalmente al suelo junto al arbusto, con la pistola empuñada y una excitante sensación de aventura e inseguridad.

Decididamente, aquella buena moza tenía buen olfato. Tal vez le vio avanzar en aquella dirección. Comoquiera que fuese, unía a tales cualidades una rara falta de sentido de la cautela, puesto que se movía pesadamente y jadeaba. Daba a entender lo dificultoso de su rastreo, no habría otro remedio sino apretar el gatillo, cosa siempre ingrata tratándose de una mujer...

Derechito a él. En fin, la suerte de uno hay que aceptarla como viene. Nelson se dispuso al combate y, cuando la cabeza de la mujer estaba a menos de un metro de distancia de su mano, le habló mientras se medio incorporaba utilizando corajudamente el codo izquierdo como soporte, con los resultados lógicos.

—Quieta, o le vuelo los sesos. Ni un grito.

Ella emitió una ronca exclamación entrecortada y se quedó muy quieta. Pero luego su voz sonó en la oscuridad, en tono claramente de alivio dentro de la tensión:

—Es usted...

Era la rubia. Por lo visto, la noche iba de sorpresas.

Conteniendo su propio alivio, Nelson relajóse un tanto y terminó de incorporarse, procurando que ella no advirtiera su brazo lesionado

y el cabestrillo.

—Vaya buena sorpresa... No la esperaba a usted, creí que era la formidable señorita Jewell.

—Ésa... —Con crudo y femenino grafismo, la rubia definió a la otra mujer de modo rencoroso— está con su cómplice esperándoles a usted y la otra que pudo también escapar antes. Gracias a eso, y a que me creen fuera de combate, a buen recaudo, he podido escabullirme. Ayúdeme, estoy herida.

Toda una noticia. Pero Nelson se había vuelto muy desconfiado.

—De veras que lo lamento. Pero no esperará que caiga en esa trampa, ¿verdad?

—No sea idiota, Nelson, le digo que estoy herida. Esa bestia tiene la fuerza de un gorila, pero además me alcanzaron algunos de los perdigones que la otra disparó sobre usted. Tengo un brazo quebrado.

Podía ser verdad. Eso explicaría sus jadeos, su torpe avance... Y había que arriesgarse.

—Vaya levantándose despacio. Sin intentar añagazas, me dolería hacerle daño de veras.

—Estoy rabiando de dolor, estúpido. ¿Sabe lo que significa un brazo fracturado?

Estaba levantándose y, en efecto, el brazo derecho le colgaba al costado, se lo agarró con la otra mano. Respiraba fuerte, entrecortadamente. Por otra parte, él la había desarmado, ella atacó a la mujerona, estaba casi en la línea de tiro del escopetazo primero...

—Camine. Nos alejaremos un poco, hacia donde aguarda nuestra otra compañera de aventuras.

—Los dos escaparon gracias a mí. Cuando vi asomar a aquella mujer con la escopeta por la puerta casi a su espalda supe que la cosa iba a irnos mal a todos.

Usted fue muy rápido y realizó una sorprendente exhibición de puntería, para sólo ser un inocente turista metido de hoz y coze en un asunto feo y peligroso.

—Pura casualidad, se lo aseguro.

—Ya. Pero vi que ella iba a disparar y yo estaba en la línea de tiro, de modo que salté para ponerme a salvo y, también, para lograr escapar, cuando la habitación se quedó a oscuras. Pero tropecé con

esa bestia y tuve que luchar como nunca en mi vida. Finalmente me atrapó el brazo y me lo quebró. Fue un dolor tan agudo que perdí de golpe los sentidos.

—Deténgase. Y apóyese en mí.

—Gracias.

Ahora Nelson estaba convencido de que ella decía la verdad. Por eso se guardó la pistola, metió el brazo herido en el cabestrillo y la asió con la mano sana por el brazo izquierdo, hacia la axila. Era un riesgo a correr.

—¿Qué pasó luego?

—Me encontré tirada en el piso del *living*, medio destrozado por nuestra pelea. Me habían atado los tobillos y sólo estaba encendida una lámpara de pie, al fondo. Ellas habían cerrado las ventanas y también las contraventanas, la que usted vio al venir aquí esta tarde se hallaba sentada en el borde de uno de los sillones, desnuda de cintura arriba, y su amiga terminaba de vendarle una herida que usted le causó al dispararle después que todo quedó a oscuras. Al parecer, el proyectil la hirió de refilón en el costado y en la parte interior del brazo derecho, lo bastante para hacerle fallar su segundo cartucho.

—Menos mal...

—Se dieron cuenta de que volvía en mí y la bestia me advirtió que no me moviera si no quería que me deshiciese *te* cara de una patada. El brazo roto me producía dolores tremendos, así se lo dije. Me contestó que debía agradecer el que no me hubiera roto el cuello.

—Es todo un carácter.

—Sí. Luego que terminó de curar a su amiga se hizo cargo de mí. Me echó a su espalda de cargador de muelles y me subió al piso superior, llevándome a una de las habitaciones, me tiró sobre la cama sin ningún miramiento y volví a desmayarme. Cuando desperté otra vez, estaba en la cama, con los pies y el brazo sano atados a la misma.

—Pero se desató...

—Sí. Sólo yo sé lo que me costó. Fue un error de ella no registrarme, puesto que en un bolsillo llevaba una navajita. Otro error, excusable, pensar que con el brazo roto no podría deshacer los nudos. Desde luego no podría haberlo hecho si no hubiera sido

por la navajita. Así, aunque rabiando horrores, logré liberar mi mano sana, luego mis pies.

—Brava mujer.

Ella pasó por alto la ironía. O decía verdad o era una formidable embustera.

—Entonces decidí escaparme, como fuera. La casa estaba en total silencio, pero las oí hablar abajo, están emboscadas en la oscuridad, aguardándoles. Por eso supe que usted y la otra habían logrado escapar, matando al perro que trajeron.

También están seguras de qué uno de los dos iba herido. ¿Ha sido esa chica?

—Puede. ¿Qué más?

—¿Le parece poco? Me escabullí sin hacer ruido y salí abriendo una de las ventanas de la planta baja, luego vine hacia aquí. Tenía que alejarme lo más posible, intentar llegar a cualquier sitio habitado...

—Párese. Y siéntese.

—Pero...

—Obedezca.

Medio la obligó a sentarse. Luego sacó el encendedor, alargó la mano y lo encendió.

La llamita le mostró el bello rostro de la rubia desencajado a las claras. Tenía grandes ojeras y las pupilas llenas de sufrimiento, aquello no era ficción. También había sangre, ya seca, en el hombro y la manga derechos. Poca.

Ella advirtió a la vez su propio estado.

—Está herido...

—Me mordió el perro. Así parece que andamos a la par. ¿Puede quitarse la chaqueta, o como se llame esa prenda?

—No, me es imposible.

—Espere.

Apagó, se guardó el encendedor, se le puso a la espalda y, apretando los dientes, la despojó de la chaqueta. Luego volvió a dar la luz.

—Remánguese la blusa.

Con su mano sana, ella lo hizo. Traspiraba y el dolor se acusaba en cada una de sus bellas facciones, jadeaba...

No era cuento.

No puedo. Lo tengo roto por dos sitios...

Por debajo y por encima del codo. O se le reducían aquellas fracturas enseguida o podría quedarle el brazo estropeado de por vida. Y era un brazo a todas luces demasiado bello, aunque ahora apareciera hinchado, lívido y tumefacto.

—Yo no puedo hacer nada, también tengo un brazo lisiado. Espere aquí, voy a buscar a la señorita Brett.

—Pero...

—Óigame. Sé que usted no es la esposa de Jewell y creo saber el motivo de su presencia aquí esta noche, pero lo primero es lo primero. Mírese ese brazo. ¿Le gustaría que le quedara estropeado para siempre?

Ella miróse el brazo, luego respiró hondo. Sus claros ojos estaban llenos de dolor, pero sin duda tenía mucho temple.

—Váyase...

CAPÍTULO X

Vanessa Brett estaba ya aguardando, y por cierto bastante inquieta, bajo el árbol de la cita.

—¿Qué ha pasado?

Escuchó su informe en total silencio, luego dio su respuesta.

—Tal como están las cosas no podemos sino ayudarla, aunque no sea amiga nuestra. Vamos.

Cuando llegaron adonde Nelson había dejado a la rubia la encontraron desmayada. Vanessa siguió tomando las decisiones.

—Ayúdeme a transportarla más lejos. Ese par de ahí dentro no tardarán en descubrir que escapó y seguramente saldrán a buscarla. Cogiéndola por las axilas se la llevaron medio en vilo medio a rastras durante unos minutos, hasta un punto a cosa de cien metros de donde antes la dejara Nelson. A todas luces, Vanessa Brett conocía bien los alrededores de la casa.

—Aquí estaremos bien.

Metidos en una fresca espesura, dejaron a la desmayada rubia tendida sobre la hierba y Nelson volvió a iluminar la escena. Vanessa Brett se arrodilló sobre la otra mujer y examinó su brazo atentamente.

—Debe dolerle infiernos —comentó seca—. Acérqueme bien la luz, voy a reducirle las fracturas.

Lo hizo con habilidad de médico osteólogo. Evidentemente eran muy completas los miembros femeninos del servicio secreto australiano.

—Es preciso entablillarle el brazo. A orillas del río hay rebrotes tiernos de fresno y un árbol de corteza porosa, fácil de arrancar. Venga conmigo.

—¿La dejamos sola?

—No creo que vuelva en sí tan pronto. Y usted no puede... Bueno, quédese con ella, pero deme su encendedor.

Se llevó también la navajita de la rubia, que ésta había tenido el buen sentido de conservar. Pequeña, pero muy afilada, acero especial, metida en un estuchito. De hecho, un cortaplumas.

La rubia volvió en sí diez minutos después, con un gemido. Nelson la avisó:

—Quédese como está, ya le hemos reducido las fracturas.

—¿Volví a desmayarme? Me duele mucho...

—Lo comprendo. La señorita Brett ha ido a por todo lo necesario para entablillarle ese brazo. Hay que esperar.

Hubo un breve silencio. Lo rompió la rubia.

—¿Quién es usted de veras, señor Nelson?

—Ya se lo dije. Un vulgar individuo que vendía libros en Londres, vine a esta isla buscando paz y alivio para mis males y me he metido de cabeza en la más fascinante de las aventuras.

—Me está mintiendo.

—¿Y usted ha dicho siempre la verdad?

Ella suspiró. Luego:

—Ahora estoy a su merced, y a la de su amiga...

—No es mi amiga, exactamente, aunque me ha salvado la vida al matar al perro cuando iba a degollarme de una dentellada, estando yo desarmado. La he conocido una hora escasa antes que a usted.

—¿Y cree que sea quien dijo?

—No. Ya me dijo lo que es.

—Agente secreto, ¿verdad?

—¿Por qué esa pregunta? ¿Lo es usted?

—No. Ni nunca lo he sido. Dije la verdad al afirmar que soy esposa de Jewell...

—Olvidelo. Los dos sabemos que Jewell y su esposa están de viaje por Europa.

Usted viene tras la pista de ese Richard Arthur Hudson, como las demás.

—¿Es eso lo que le ha contado su amiga?

—Más o menos.

—¿Por qué no me lo cuenta?

—Porque no. Ya estoy harto de embustes y de mujeres embusteras.

Ella aún tuvo arrestos para emitir una risita.

—Casi estoy por creer que es lo que afirma ser, señor Nelson... Pero ya dije que estoy a su merced. Y me están ayudando, así que pondré mis cartas boca arriba. Yo soy la esposa, o si lo prefiere una de ellas, de Arthur Richard, que no Richard Arthur Hudson, alias Harold C. Jewell. Y él no está de viaje por Europa con su esposa.

Hace una semana que abandonó a su enésima mujer en Honolulu, para volver aquí a toda prisa al enterarse de que su hombre de confianza lo estaba traicionando.

Vaya, una versión del *puzzle*... Nelson sintió no tener a mano su encendedor.

—Eso ya parece más interesante. Continúe.

—Me casé con Hudson hace ocho años, en Estados Unidos. Entonces no se llamaba así, desde luego. Tiene tantos nombres como camisas, si no más. Yo le conocí como Philip Casey, agente de seguros, una profesión que le obligaba, según dijo, a moverse mucho y meterse en toda clase de círculos.

—¿Qué era usted?

—Una señorita de la buena sociedad de Boston. Mi madre es norteamericana y mi padre danés, viví en Dinamarca hasta los catorce años, luego mis padres se divorciaron y marché a Estados Unidos con mi madre, pero hacía frecuentes viajes a Europa. Me enamoré de Hudson como una tonta y durante dos años me estuvo utilizando, sin yo saberlo, como ayudante suya, «gancho» y correo. Un día, desapareció y no volví a saber de él. De quien sí supe fue del FBI, que me detuvo bajo acusación de espionaje. Antes de que pudiera convencerles de mi inocencia pasaron otros ocho meses.

—Y luego le ofrecieron un puesto en sus filas.

—En las de su Servicio Secreto, sí. Hace cuatro años que soy agente especial.

—Y naturalmente, le han encargado atrapar a su ex marido. Como es lógico, está ansiosa de ajustarle las cuentas.

—En cierto sentido, sí. Pero hay otra razón. El posee información de primera clase acerca de toda la red de espionaje rusa en Occidente, de la nuestra en Rusia y Europa Oriental, de la de los ingleses en el Medio Oriente... Esa información significa que las cabezas de cientos de agentes secretos están en peligro constante.

Por otra parte, son su seguro de vida, hasta cierto punto.

—¿No se dijo que había muerto en accidente aéreo?

—Simuló un accidente aéreo en el Mediterráneo, con una avioneta privada. Lo tenía todo bien dispuesto para desaparecer, estaba siendo acorralado cada vez con mayor presión por sus numerosos enemigos. Harold C. Jewell era su «tapadera», un buen hombre de pocas luces al que una vez, hace años, hizo un gran favor

únicamente porque se parecían bastante en lo físico, la contextura... Hudson le dio dinero para montar una fábrica de textiles, pequeña, y luego fue invirtiendo más y más dinero en ella, en otros negocios... Jewell daba la cara, hacía lo que Hudson le ordenaba, jamás sospechó quién era realmente su amigo y benefactor. Por su parte, Hudson, que es un fantástico comediante capaz de adoptar y mantener cualquier personalidad, una especie de Frégoli, tuvo tiempo más que sobrado para estudiar a fondo al pobre Jewell, sin que ni éste ni nadie lo sospechara. Hace dos años llegó aquí por ocultos caminos, llamó a su socio, se lo llevó a algún lugar adecuado, lo mató, lo enterró, o lo echó a los peces, y se metió en su identidad.

—Eso parece algo fantástico, ¿no?

—No conoce usted a Hudson. Ni la propia esposa de Jewell, la que tenía entonces legalmente, sospechó nada de momento, lo sé porque he hablado con ella. Después de matar al verdadero Jewell, Hudson pidió el divorcio. Simplemente abandonó el hogar conyugal con otra mujer, dando el escándalo necesario y nada más. Sus abogados tenían instrucciones concretas, se avinieron a todo, la esposa de Jewell recibió una sustanciosa indemnización, tres cuartos de los bienes que a Jewell se le conocía. Entonces Jewell dejó a la mujer que había sido pretexto para lograr el divorcio, liquidó todos sus restantes negocios, adquirió esta casa, oficialmente, a un tal Murchison, que era él mismo en realidad, y se dispuso a pasar el resto de sus días feliz y olvidado, disfrutando de la vida y de los abundantes beneficios económicos de sus pasadas actividades en un lugar hermoso y aislado del mundanal ruido. Naturalmente con otra mujer. Se dejó la barba, usaba comúnmente lentes ahumados, dedicóse a cazar, pescar y cabalgar. En Blenheim y en todos los alrededores se le consideraba simplemente un hombre que había sabido retirarse a tiempo para disfrutar de todos los placeres de la vida.

—Desde luego, si actuó así.

—Tal como le digo. Y había borrado tan bien su pista que los primeros indicios de que no había muerto los tuvimos nosotros apenas hace seis meses. Desde entonces nos lanzamos tras él. Lógicamente, yo fui uno de los agentes a quienes se encomendó tal misión y, no menos lógicamente, la tomé muy a pecho. De todos

modos, hasta hace tres semanas no tuvimos una razonable certeza de que Hudson se encontraba en algún punto de esta isla. No podíamos actuar alocadamente, porque nos constaban su astucia y sus muchos recursos, también porque sabíamos que los rasos, los ingleses y tal vez algún otro servicio secreto andaban rastreándole también.

—Pero descubrieron quién era y por dónde iba...

—Veinticuatro horas demasiado tarde. Se nos escabulló en Honolulu. Su última esposa contó que él le había ordenado seguir viaje a San Francisco y esperarlo allí, diciéndole que debía resolver un negocio de máxima urgencia e importancia. Ella está enamoradísima, como antes lo estuvimos otras. Hudson sabe como nadie entontecer a una mujer.

—Siga.

—Averiguamos que había tomado pasaje en un avión directo a Wellington, con su nombre de Jewell. Eso significaba que no recelaba estar siendo seguido y marcado tan de cerca, el hecho de que no tratara de comunicarse con su esposa nos hizo reforzarnos en tal suposición. Pero sólo hace unas horas que supimos había regresado aquí, de incógnito, tras esfumarse a su modo en Wellington. Yo era quien más cerca se encontraba, me ordenaron venir...

Calló, porque Nelson le ordenó hacerlo secamente. Se oía llegar a alguien.

Resultó ser Vanessa, cargada con un brazado de ramas verdes deshojadas y corteza de árbol. También traía arcilla fresca envuelta en un trozo de la camisa de Nelson, que estaba resultando ser prenda de mucha utilidad. Cuando él le dijo que la rubia aún no había recuperado el conocimiento no hizo ningún comentario, pero Nelson estaba poco convencido de que lo hubiera creído. Se arrodilló, le entregó el encendedor y le pidió que alumbrara.

—Hemos de darnos prisa.

Lo dijo secamente, luego desgarró la manga de la blusa de la rubia, que se estaba haciendo la desmayada en forma convincente, hasta el hombro. Con la arcilla fresca y la corteza porosa en trozos improvisó un habilidoso entablillado que reforzó con los brotes tiernos de fresno, desde el hombro a la muñeca. Luego vendó todo con tiras de la camisa de Nelson, mojadas y apretadas. Fue una cura

maestra, que Vanessa explicó:

—Forma parte de nuestra instrucción. Ya está lista, podemos dejarla aquí si no recupera el conocimiento.

—Pueden encontrarla esas dos...

—También pueden localizarnos a los tres juntos. Con el brazo así, esta mujer no puede servirnos de ayuda, y sí de estorbo. ¿Quiere recibir de lleno una perdigonada?

—No, desde luego. Pero...

Pero la rubia continuaba fingiéndose desmayada. Eso significaba que tenía interés en quedarse sola, ahora que la habían curado el brazo. Decirle a la morena todo lo ocurrido durante su ausencia sería tal vez prudente, pero...

Pero en aquel momento escucharon un ladrido sordo.

CAPÍTULO XI

No provenía de la casa, sino de la ladera de la colina, y a menos de doscientos metros de distancia. Más que un ladrido era una señal de aviso hecha por un perro entrenado a su amo. Automáticamente, la rubia olvidó su ficción y Nelson apagó el encendedor.

—Es un perro que ha encontrado algo...

—O nos ha olfateado. El viento está en esa dirección.

—¡Vámonos!

Actuaron como lo que eran, piezas de caza. A pesar de su brazo roto, la rubia se puso velozmente en pie, sin duda bastante repuesta y no deseando probar los colmillos de otro perro cazador de presas humanas.

—¡Al río, hay que hacerle perder el rastro!

Huyeron hacia allí, Nelson ayudando a la rubia, ambos siguiendo a la morena. Consiguieron llegar sin novedad a la orilla y de nuevo vadearon la corriente, por un punto donde, afortunadamente, era algo más ancha y un poco, muy poco, menos profunda, lo que hizo que la rubia no necesitara echarse a nadar.

—Maldita sea... ¿De dónde habrán sacado ese perro?

—De donde sacaron el que yo maté.

—Ése es Hudson, lo juraría...

Lo dijo la rubia. Todos tres estaban muy juntos, acurrucados entre la floresta. Y Nelson, calculando por sus propias sensaciones físicas, se dijo que las dos mujeres debían estar pasando bastante frío, ya que iban empapados y la noche había refrescado.

—¿Hudson? ¿Por qué lo dice? —A todas luces, ambas mujeres estaban dando por buena la situación, de modo tácito y sin más preguntas.

—Porque le conozco muy bien. Y por todo lo ocurrido aquí. El vino a cerrarle la boca, y ajustarle las cuentas, a su cómplice. Nunca dio puntada sin nudo, dejó nada al azar ni tuvo piedad para un traidor. Fue él quien debió matar a Birdle.

La morena calló. Significativo. Nelson tenía muchas preguntas e hizo una:

—¿Quiere decir que él fue quien me golpeó...?

—Es usted a veces muy ingenuo. —¿Se burlaba?—. Lo comprendí en cuanto me contó su historia. Birdle esperaba compradores para lo que tenía que vender, pero Hudson llegó antes, sorprendiéndole. El perro guardián habría avisado a Birdle la llegada de cualquier intruso, por cauteloso que se comportara; pero no le avisó porque conocía perfectamente a su amo. Y naturalmente, Hudson conocía palmo a palmo su propiedad, así como a Birdle, que lo imaginaba a miles de millas e ignorante de sus manejos. Probablemente lo cazó por sorpresa, lo llevó a la alcoba ésa donde usted le encontró, luego le disparó varios tiros después de desnudarlo completamente y tirarlo a los pies de la cama, desarreglando ésta de manera que pareciese que Birdle había sido víctima de un crimen pasional. Luego se alejó, llevándose a su perro, y se puso al acecho de lo que ocurriera. Calculó que una mujer llegaría a buscarle, usted, sin duda ya conocía sus contactos con Birdle. La habían visto en Blenheim con él una o dos veces, subir a su coche y volver juntos horas después. Eso bastaría para ponerla fuera de combate.

De nuevo la morena guardó silencio. Y de nuevo Nelson insistió, como aturdido:

—Pero ¿por qué todo eso?

—No sea tonto —ahora hubo una leve nota irritada en la voz de la rubia—. Ya ve que ella lo ha comprendido muy bien.

—Yo debía encontrar muerto a Birdle y, naturalmente, sacar las debidas conclusiones de la *mise en scène*. Inspeccionaría aprisa la casa, luego retornaría a Blenheim y trataría de esfumarme antes de que la policía me atrapara.

—¿La policía? Pero ¿si el teléfono está cortado?

—Cortado por Hudson, en un punto sólo conocido por él. Nada más fácil que conectar a un aparato portátil los cables, llamar a la comisaría, dar la noticia, fingiendo la voz, y dejar que las cosas siguieran su curso. Si la visitante de Birdle lograba escapar, el asunto pasaría por un crimen pasional cometido por persona desconocida; si era capturada, la primera regla de un agente secreto es cerrar la boca y apechugar con lo que venga, esperando ayuda.

—Vaya... Pero no acabo de comprender...

—Pues es bien sencillo —ahora fue Vanessa Brett quien apechó con tretas y contratretas de los servicios secretos y los espías

internacionales. También parecía algo irritada, aunque dominándose—. En vez de una mujer aparecieron dos, y con un perro pastor alemán. Eso cambió bastante las cosas. Ellas debieron encontrar a Birdle muerto y se pusieron a registrar la casa en busca de lo que venían a conseguir. En eso usted apareció y volvieron a complicarse las cosas. No sabían quién era, tomaron sus lógicas precauciones, le salió la más tranquilizadora al encuentro, lo embaucó fácilmente, escuchó sus explicaciones, le hizo entrar en el *living*, donde le aguardaba su compañera...

—De modo que fue ella quien me atizó...

—Tiene fuerza sobrada para ello, y más —fue la rencorosa afirmación de la morena—. Sin duda pensaron cargarle el muerto y, dejándole inconsciente, se lanzaron a proseguir su búsqueda. Pero usted despertó cuando aún estaban en ello, descubrió el cadáver y decidió marcharse. Creo que ya entonces le salvé la vida con mi llegada, o por lo menos le evité otro porrazo de órdago. Ellas tuvieron que cambiar de nuevo sus planes sobre la marcha, mientras una nos vigilaba y se enteraba de cuanto hablábamos y hacíamos la otra, sin duda la gorda, se llevó al muerto y lo ocultó fuera y cerca de la casa, lavaron las manchas de sangre, tirando encima aquella alfombra, y se escabulleron mientras usted y yo comprobábamos que el muerto y la pistola habían desaparecido. Eso ya lo calculé, pero la llegada de esta mujer no me dio tiempo a organizar mis ideas.

—Hudson ha debido estar todo, este tiempo a la expectativa. Habrá oído todos los disparos, pero de noche no puede saber con certeza qué ha ocurrido. Sabe, sí, que cuatro o cinco personas estamos metidas en la zarabanda y eso le fuerza a la cautela. Andará rondando su casa, armado y alerta. Lo que no me explico es el fallo del perro, al ladrar y ponernos así sobre aviso...

—Tiene que haber calculado que algunos de los inoportunos visitantes nos encontramos aquí fuera, probablemente armados, y otros en la casa. Para él, el problema, ahora, consiste en decidir a qué bando se une y cómo nos convence de su absoluta inocencia en el asunto.

—¿Por qué cree que hará eso?

—Porque he sido su mujer dos años y le conozco bastante bien. Necesita liquidarnos a todos esta noche y alejarse de aquí antes de

que nadie pueda verle y reconocerlo. Uno solo de nosotros que quede con vida es demasiado riesgo para él, aparte de que sabe ya no podrá volver aquí y este lugar le gustaba mucho; sin duda deseará que paguemos por la pérdida que le supone.

—Ya. ¿Y a qué bando imagina que va a unirse?

—Temo que a nosotros.

—¿Teme?

—En cuanto me vea y reconozca sabrá que falló su cálculo. Estoy desarmada e inutilizada, el señor Nelson tiene un brazo estropeado. Admitiendo su valía, y la de usted, y esas dos pistolas que llevan, me parece que no van a tener demasiadas posibilidades contra él y su perro.

—¿Qué nos aconseja que hagamos, entonces?

—Lo que ya tiene usted en la mente. Váyanse, déjenme sola y traten de conectar con él, siguiéndole el juego cuando lo consigan.

—¿Y si la encuentra a usted?

—En tal caso será mi última y definitiva noche de mala suerte. Me matará sin vacilar.

Lo dijo de tal modo que a Nelson se le erizó el vello de la nuca. La morena guardó silencio unos instantes, luego se decidió.

—De acuerdo. Quédesese aquí y procure arreglárselas lo mejor posible. Vamos nosotros, señor Nelson.

Entonces Nelson hizo algo magníficamente idiota.

—Tome, quédesela.

Las dos mujeres, en la densa oscuridad que les envolvía, contuvieron el aliento, porque sabían a qué se estaba refiriendo. Y la voz de la rubia sonó con una nota incrédula después:

—¿Me da la pistola?

—Creo que ha dicho la verdad. Ya no dormiría tranquilo si ese Hudson la encontrara sola e inerte. Aunque puede que esté cometiendo la mayor estupidez de mi vida, tómela, ya me las arreglaré como pueda.

La mano sana de la rubia tanteó para tomar el arma en la oscuridad. Y al tocar la suya, se apretó sobre ella con una presión nerviosa, electrizante.

—Gracias, señor Nelson. No lo voy a olvidar...

Había una nota extraordinariamente cálida en aquella voz suya, normalmente fría y serena, que llegó por sorpresa al corazón de

Nelson.

Se alejaron por la orilla del río él y Vanessa Brett. Iban en silencio, con mucha cautela. Pero cuando llevarían tal vez avanzados treinta pasos, oyó su voz susurrar:

—Ha sido estupendamente idiota, señor Nelson...

Lo dijo sin pizca de agresividad o deseo de ofender, estaba claro. Más bien pensativa. El gruñó:

—Ya lo sé. Pero ¿qué diablos quería que hiciera? Haya mentido o dicho la verdad tiene el brazo derecho destrozado y tres o cuatro perdigones gruesos en su bonito cuerpo, está rota por el dolor físico... Me habría sentido como una rata de cloaca dejándola sola e inerme a merced de ese tipo y su perro.

La muchacha morena volvió a callar. Y al poco dijo con igual pensativa suavidad:

—Es usted un tipo de lo más sorprendente, Nelson...

Con lo cual él quedó a su vez bastante inquieto por razones puramente subjetivas.

Poco más tarde ella indicó que habían llegado al punto por donde la primera vez vadearon el río. Volvieron a hacerlo, ya empapados como estaban un nuevo remojón poco iba a aumentar su incomodidad.

—¿Cuál es su plan? Es la única que va armada.

—Vamos a acercarnos a la casa. Ese par de arpías que están en ella no pueden vigilarla toda eficazmente.

Intentaremos entrar sin ser notados y averiguar qué planes tienen.

—Yo se lo diré. Pegarnos un escopetazo en plena cara y volvernos fiambres. ¿Es absolutamente necesario que nos arriesguemos? Podríamos tratar de buscar a su amigo, el agente...

—Si está vivo ha de rondar por todo este lado. Y si ha muerto no puede ayudarnos.

Una respuesta por demás lógica... y extraña. Nelson ya se había preguntado antes cómo ella no intentó comunicarse al quedar sola con su compañero. Volvió a preguntármelo. Pero ahora estaba desarmado y sólo una cosa podía hacer.

—Cuando antes examiné la casa todo estaba en silencio, pero creo que ese par deben hallarse agazapadas en alguna parte, esperando que nos acerquemos.

—Y nosotros nos estamos acercando...

—Kay muchas maneras de acercarse. Aparte de que ellas no pueden permitirse tampoco el lujo de esperar al día tranquilamente encastilladas.

—¿Puede decirme por qué?

—Por la misma razón que nosotros. Vinieron a por algo que necesitan y para buscarlo con tranquilidad han de matarnos.

—¿Y usted se propone matarlas también? Conmigo no cliente para eso, hermosa mía.

—¿Ya se ha olvidado de los escopetazos?

—Justo, porque no me olvido.

Pero siguió tras ella. Otra cosa no podía hacer, después de todo.

CAPÍTULO XII

Alcanzaron las cercanías de la casa sin ninguna dificultad. Todo en silencio y calma... Arriba las brillantes estrellas permanecían atentas a lo que estaba desarrollándose allí abajo. El viento rumoreaba clandestinidades a los árboles, los animales nocturnos dejaban oír su habitual concierto. Todo tan bonito, tan romántico...

—Mire ahí.

Con buena vista, podía verse. Algo blanco se removía en una de las ventanas de la planta baja.

—Está abierta. Esa mujer dijo que había escapado por una ventana de la parte de atrás.

—Sí. Y que las otras no iban a tardar en descubrirlo. Han pasado muy bien dos horas desde entonces, no pretenderá que vayamos a meternos por esa bonita trampa.

—No pensaba en eso, si no...

El augusto silencio de la noche se vio roto por el seco disparo de un arma de fuego, seguido, instantáneamente, del bronco retumbar de la escopeta. Los ecos golpearon todo el valle. Luego, el silencio.

—¿Ha oído eso?

—Ha sido abajo, cerca del río. Primero un disparo de rifle, luego la escopeta.

Hudson y ese par de mujeres se han encontrado.

—Eso parece. Y me pregunto quién habrá salido ganando. Vamos, sígame.

Ella había unido la acción a la palabra, corriendo hacia la ventana, encogida y agachada, veloz como corza. Tras ligera vacilación, Nelson la siguió.

La joven abrió la ventana y saltó dentro de la casa con agilidad. Pero a Nelson le costó bastante más conseguirlo, a causa de su brazo lisiado.

—Cierre la ventana y use el encendedor.

Estaban en una salita que a todas luces pertenecía a la parte del servicio de la casa. Vacía, naturalmente. La puerta estaba cerrada. Vanessa Brett la abrió y, empuñando la pistola, salió de allí con

Nelson pegado a sus talones y alzando sobre su hombro la débil llamita del encendedor.

—Esas dos tardarán en llegar aquí, si es que vienen ahora. Y lo mismo Hudson, si salió con bien del encuentro. Vamos al piso alto.

—¿Para qué?

—Habrá ropas secas que podamos usar. Dese prisa.

Siempre la practicidad y la lógica femeninas...

En la alcoba grande, ella encendió mía lámpara de pie luego de cerrar cuidadosamente las ventanas y la misma puerta. Después corrió al cuarto de aseo, diciéndole con imperiosidad que buscara algo para él en el armario. Al quedar solo, Nelson se encaminó hacia allí, asió el pomo de la puerta corrediza, lo abrió...

Y el tipo del cabello teñido con los cinco balazos en el pecho le cayó encima, causándole un susto de órdago.

Su seca exclamación de sobresalto hizo volver veloz a la joven, que al descubrir la causa cambió de expresión y se le acercó, mirando al cadáver ahora malamente caído en el piso.

—¿Éste es el que vio?

—Sí. ¿Le reconoce?

—Es Birdle, ya se lo dije.

—¿Cómo diablos pudo salir de aquí? Miramos antes...

—Han tenido tiempo sobrado para traerlo de donde lo dejaron antes, examinarlo a fondo y guardarlo ahí dentro. Haga lo que le he dicho.

Regresó al baño. Nelson no tuvo dificultades en conseguir una camisa limpia y unos pantalones de lana, así como unos calzoncillos. Se desvistió y se puso las prendas agradablemente secas. En eso vio asomar de nuevo a la joven. Venía envuelta en una toalla de baño y, sin mirarle apenas, caminó airoso, indiferente al desagradable espectáculo del cadáver, hasta el ropero, que abrió por otra sección. Sólo entonces se acordó Nelson de que en aquel armario, que cubría aquel lienzo de pared, la mitad estaba ocupado por prendas femeninas. Pero las mujeres nunca olvidan tales detalles.

La morena volvió a meterse en el cuarto de aseo mientras él peleaba para terminar de vestirse. Y reapareció antes de que lo hubiera conseguido. Lucía una estupenda minifalda, una blusa azul claro y, encima, un jersey de punto, ahora calzaba zapatos fuertes de tacón

bajo. Y tenía unas piernas preciosas.

Traía unas tijeras en la mano. Sin hablar, se le acercó y de tres tijeretazos abrió la manga izquierda de la camisa, poniéndosela luego. Su olor llenaba los papilos olfativos de Nelson; y era gloria pura.

—Uno se siente más a gusto cuando está seco. Pero daría algo por una pistola.

¿Qué cree haya pasado ahí abajo?

—Pronto lo sabremos. Si está listo, vámonos.

Lo estaba. Veníanle un poco cortos los pantalones y la camisa, pero eran *peccata minuta*. Antes de abandonar la alcoba, ella apagó la lámpara. Ya tenía empuñada la pistola.

Acababan de salir cuando oyeron abrirse la puerta de la casa.

Rápidamente se agazaparon en la oscuridad, conteniendo el aliento, pegados uno al otro.

Quien venía entró resollando, como un animal fatigado. Se le oyó cerrar, luego avanzar pesadamente hacia el *living* y entrar en el mismo, moviéndose por él.

—¿Qué hacemos?

—Tener cautela. Sólo es uno y tal vez esté herido...

Quienquiera que fuese, encendió una luz, probablemente de una de las lámparas de pie. Le oyeron moverse allí abajo, luego la luz se apagó de nuevo. Ya estaban ellos decidiéndose a bajar, retornaron, veloces, arriba.

—Cuidado, puede subir.

No subió. En la oscuridad, le oyeron atravesar el vestíbulo, abrir la puerta y retomar al exterior.

—¿Y ahora, qué?

—Vamos abajo.

Descendieron con toda cautela y se encaminaron al *living*. Todo estaba silencioso allí. Y no resultaba razonable suponer que hubiera nadie esperándoles para descerrajarles unos tiros.

—Use su encendedor.

Nelson se preguntó qué habría pasado de no ser él fumador y obedeció.

La llamita era demasiado débil, pero les permitía avanzar sin golpearse con nada. De todos modos, no avanzaron mucho.

Nelson no pudo evitar una seca interjección. También la muchacha

se puso rígida de golpe. No era para menos.

Tendida en el amplio sofá estaba la mujer de pelo leonado que lo recibiera a él al comienzo de su aventura. Muerta.

Por lo menos eso indicaban su terrible palidez y la siniestra mancha roja sobre la tela de su blusa.

Mientras respiraban hondo, contemplándola, por la mente de Nelson pasaron las breves secuencias de su encuentro con aquella mujer. Sólo unas horas, y el ángel de la muerte había llegado a por ella... Claro que ella hizo lo que pudo para enviarlo al infierno por la vía rápida y hecho un colador, pero... de todos modos ver muerta a una bella y joven mujer era un desastre.

—Ha sido la otra quien la trajo, por eso la oímos resollar.

La morena se movió aprisa y fue a encender una de las lámparas. Entonces comprobaron que todo estaba bien cerrado, ventanas y contraventanas.

—Es terrible... ¿Qué puede haber pasado?

—Descubrieron que esa rubia había escapado y decidieron salir a buscarnos las dos. Se tropezaron con Hudson, él disparó primero y mató a ésta, pero la gorda debió descerrajarle una doble perdigonada acto seguido. Lo ha matado o lo dejó malherido, luego recogió a su amiga y la trajo aquí. Ahora ha vuelto a por nosotros y debe estar rabiosa.

Mientras hablaba, en tono bajo y tenso, llegóse a la muerta y la examinó con suma atención. De pronto pareció cobrar interés, se inclinó más y puso la palma de la mano sobre la boca de la otra mujer. Nelson, también intrigado, inquirió:

—¿Qué pasa?

La respuesta de ella fue tenderle la pistola.

—Tome.

Nelson obedeció, maquinalmente. La joven, entonces, desabrochó con manos rápidas la ropa de la otra, manipulando en su torso. Se quedó quieta un instante, luego le cogió la muñeca izquierda a la del pelo leonado y le buscó, a todas luces, el pulso.

—No está muerta, aún respira —dijo con acento profundo.

—Hay que hacer algo, no podemos dejarla morir, ¿no cree?

La mirada de la muchacha le buscó los ojos, clavándose en ellos de un modo especial.

—Sí, es usted un hombre desconcertante —dijo, en un tono no

menos desconcertante. Y luego puso manos a la obra.

En pocos minutos había desnudado a la herida de cintura arriba. Y ciertamente —opinó Nelson para sí— aquella mujer tenía un busto hermoso de veras. Lastimosamente estropeado por enorme cantidad de sangre que seguía saliéndole de un redondo y limpio agujero de bala abierto a la izquierda del estómago, debajo mismo de la mama, a nivel del arranque del esternón.

A todas luces, la morena entendía de medicina. Se inclinó y examinó aquel agujero con ojo crítico, diciendo secamente:

—Debe tener la base del pulmón perforada y el proyectil ha de haberle pasado cerquísima del corazón, tal vez desviado por alguna costilla. No ha salido por la espalda, pero hay un abultamiento con hematoma en la base del omoplato. Lo más probable es que esté lista, otra cosa sería si se la pudiera transportar inmediatamente a la ciudad, o hacer venir a una ambulancia con todo lo necesario para una cura de urgencia.

—Usted sabe curar. Haga lo que pueda.

De nuevo ella le miró a los ojos.

—¿Recuerda que le disparó dos perdigonadas casi a bocajarro y por la espalda?

—Ahora sólo veo que es una mujer. Y no puede causarnos ningún daño.

La morena vaciló un instante. Pero luego se decidió, con un suspiro:

—De acuerdo, *sir* Galahad...

Ciertamente, Nelson lo tomó como un piropo.

—Acompáñeme. Necesitaré el botiquín completo, agua y otras cosas. Y habremos de darnos prisa. Otra cosa, en cuanto me ayude a traer todo aquí, dese una vuelta por la casa y cierre todo, puertas, ventanas, todo. No quiero que esa arpía me pegue un escopetazo mientras trato de salvar a su amiga.

Era una postura muy lógica, tampoco deseaba Nelson que aquella cosa sucediera.

—¿Cree que pueda dar con la rubia?

—Personalmente me tiene sin cuidado.

—No le gusta esa mujer, ¿verdad?

Ella le miró de reojo. Habían ido a la cocina, donde la joven tomó idénticas precauciones antes de encender la luz para buscar el botiquín.

—En cambio, a usted le gusta mucho, ya me di cuenta.

—Bueno, mentiría si lo negara. Pero también usted me agrada más de la cuenta. Lo que ocurre es que resultan demasiado peligrosas para mí, psicológicamente no dan mi tipo.

—¿De veras? ¿Cómo las quiere, como la gorda?

—No hablaba de eso. Me gustan dulces, dóciles y delicadas.

—Ah, ya... Muñecas de lujo para hacer un rato el amor y que le ronroneen en los brazos, alimentando su egolatría de macho todopoderoso. Me decepciona, señor Nelson.

—No saque conclusiones precipitadas. El que me gusten así no significa ni mucho menos que desee una esclava a mi lado. Soy un hombre moderno...

—Tome, cargue con eso. Supongo que puede.

—Sí que puedo. No soy ningún alfeñique llorón, bella amazona. Ahora la hizo sonreír. Y cuando sonreía, era extraordinariamente sugestiva.

También en sus ojos aparecieron dos endemoniadas chispas burlonas.

—Tan quisquilloso como cualquier otro hombre... Vamos, su protegida no puede esperar a que discutamos sus gustos en materia femenina. ¿Será capaz de resistir la visión de sus encantos pectorales mientras yo trato de curarla? Los hay que no pueden.

—¡Váyase al diablo, monada! ¿Quiere que le de una paliza?

—¿Con una sola mano? No podría. Aunque admito que en su estado normal es bastante bruto, no se me olvida lo que me hizo.

—Usted se lo buscó...

Ella le hizo dejar todo sobre una mesita baja que arrimó al sofá.

—Vaya a hacer la ronda y no se entretenga, ni deje puerta o ventana sin asegurar.

—No necesita decirme qué he de hacer...

Estaba enfadado, pero poco. Aquella minidisputa había dado mucho calor e intimidad a su hasta ahora trepidante relación.

CAPÍTULO XIII

Como primera providencia aseguró la puerta delantera. Luego fue haciendo lo mismo con todas las ventanas del piso bajo, con la puerta trasera... Quien intentara entrar debería forzar una de aquellas ventanas y eso iba a provocar mucho ruido. Claro que aquella mujerona de la escopeta era muy capaz de llevarse por delante a unos cuantos cerrojos..., y ellos sólo tenían una pistola con cinco proyectiles.

Arriba hizo la misma operación. Se había guardado la pistola en el bolsillo para poder cerrarlo todo. Al pasar ante la alcoba grande no resistió la necesidad de comprobar que el acribillado Birdle seguía en su sitio. Por esta vez no lo escamotearon...

Finalmente, acopió todo el material de curas que halló en los cuartos de baño, lo metió dentro de una toalla y se lo llevó abajo. Estaba, a su pesar, pensando en la rubia. Si tropezaba con la otra... Encontró a la morena metida de lleno en harina. Mejor dicho, rebozada en sangre. Había lavado el torso de la mujer malherida y puso un tampón sobre el orificio del balazo, sujetándolo allí con tiras de esparadrapo. Al verle llegar cargado le habló con naturalidad:

—Déjelo ahí. Veo que sabe tener ideas prácticas también.

—Algunas veces. ¿Aún vive?

—Sí. Pero tiene muy poca vida. Ayúdeme a vendarla, hay que alzarla con sumo cuidado.

Dejando lo que traía junto con el otro material de curas, Nelson se dispuso a obedecerla. No podía utilizar apenas su brazo izquierdo, entumecido por el dolor, pero con el derecho cogió a la mujer herida por debajo de la axila y la izó lentamente, a pulso, mientras la muchacha tomaba un paquete de vendas.

—Sosténgala así todo el tiempo que pueda.

Diestramente, ella comenzó a vendar el torso de la otra mujer. Ya había visto Nelson el bulto tumefacto en la bella espalda femenina, allí donde presionaba la bala del rifle.

—¿No cree que podríamos sajar y sacarla?

—Podría hacerse. Pero de momento lo que hace falta es contener la hemorragia externa.

—Sí, usted sabe mucho de medicina...

—Ya se lo dije, realizamos prácticas muy completas.

—Lo veo, lo veo...

Finalmente, la herida estuvo vendada de modo adecuado.

—Deposítela con mucho cuidado. Así, no, con la cabeza alta, reclinada en el brazo del sofá. Aguarde.

Ella metió un suave cojín bajo la espalda de la mujer herida. Nelson no pudo evitar el mirarla. El blanco vendaje, y la sangre casi seca que aún había en manchones de diverso tamaño sobre la fina, ligeramente tostada piel, hacían resaltar de un modo notable y turbador la belleza de los senos desnudos y apuntalados por las vendas.

—¿De veras aún vive?

—Sí. Deje de mirarla o va a coger un sofoco. ¿Qué le parece si atiende su propio brazo? No se preocupa demasiado de él.

—No es porque no me duela. Pero tal vez resulte excesivo obligarla a curarme, también.

—No es obligación, lo hago con gusto. Siéntese ahí.

El vendaje de urgencia estaba totalmente plastificado de sangre, a más de sucio.

Pero Vanessa Brett lo remojó cuidadosamente, separando las tiras de camisa.

—Si le duele, quéjese.

—No le daré esa satisfacción. Ade... ¡Uuuuuuh! Sádica...

—Hum... Tiene bastante mal aspecto. Espero que el perro no estuviera rabioso.

—Seguro que a usted iba a darle una alegría. ¿Qué le he hecho yo? Aparte de defenderme cuando me obligó a ello, claro.

—Me estaba diciendo que hay hombres a quienes puede merecer la pena de tomarles en serio.

—¿Quéee?

—Lo ha oído muy bien. Casi todos los hombres que he conocido y conozco me han provocado más antagonismo, desprecio y burla que cualesquiera otros sentimientos. Pero usted está haciendo tambalearse mis convicciones.

Nelson la miraba ahora boquiabierto.

—Está bromeando, claro...

Ella le miró de reojo; las gudejas de su limpio cabello castaño eran como una bandera agitándose ante los ojos de Nelson, su limpio y bello rostro, su cuerpo duro, tierno, elástico y vigoroso, tan deseable, enviábale oleadas de seducción.

Pero sobre todo eran sus ojos, lo que en ellos había, lo que hizo que él sintiese de pronto escalofríos.

—No voy a calentarle las orejas, señor Nelson. Ocurre que a veces una muchacha no puede evitar el sentirse mujer. A mí me está ocurriendo esta noche y no deja de ser un alivio.

—¿Un alivio?

—Sí, porque tiene un brazo estropeado y nos ronda la muerte violenta. De no ser así, probablemente esta noche me liaría la manta a la cabeza y pegaría un desvergonzado puntapié a todas las convicciones morales sobre el sexo qué a su debido tiempo me inculcaron.

Lo dijo de tal modo que Nelson se quedó sin aliento y sin voz. Pero ella ya terminaba de destaparle las heridas. Durante los últimos minutos, ni siquiera se había acordado de cómo le dolían.

—Sí, fue un buen mordisco. Si llega a dárselo en el cuello, a estas horas una combativa doncella no tendría la oportunidad de sentirse muy mujer y ser muy descarada. Manténgalo así, voy a lavarlo y desinfectarlo.

Nelson obedeció. Ahora podía verse bien la múltiple herida de los colmillos del perrazo. Agujeros simétricamente alineados, de distintos tamaños, eran como otras tantas bocas de manantial por donde fluía una sangre negruzca, sucia, mezclada con líquido seroso. El dolor le pegaba latigazos desde allí hasta la nuca, embotándole un tanto los sentidos. Y se dio cuenta de que comenzaba a tener fiebre, sin duda provocada por la herida.

Vanessa Brett comenzó a lavarle el antebrazo con suavidad, destreza y rapidez.

—Si le ha tocado el hueso tiene para un rato. Lo mejor será que en cuanto pueda vaya a que le hagan unas radiografías y, de paso, le inyecten suero antirrábico.

—¿Es su forma de decirme que le gusto?

—¿Por qué no? Tal vez cuando todo termine consiga un permiso. Pero para entonces calculo que mis impulsos eróticos se habrán

enfriado lo suficiente, no se haga demasiadas ilusiones.

—Que Dios la bendiga, amor mío. ¿Ha pensado acaso en mis propios impulsos y proyectos?

Ella le miró picara, insinuante, deliciosa, burlona... todo.

—En ese sentido creo que puedo leerle muy bien los pensamientos. De haberle sido posible, usted nos habría convertido a las cuatro que andamos rondándole esta noche en su harén personal, incluida esa gorda.

—Eso es... ¡Uuuuuuh! ¡Cuidado, que escuece!

—También cura. Y es un hombre mucho más duro de lo que quiere aparentar. Estuvo en los paracaidistas, tiene reflejos estupendos, sabe adaptarse a casi todas las situaciones... Listo. Ahora lo vendamos y podrá aguantar hasta que logremos salir de aquí.

—¿Cómo cree que lo conseguiremos?

—En cuanto amanezca, esa mujer tendrá que marcharse. Si viene, y descubre que estamos encerrados aquí, una de dos, tratará de forzar la entrada para acabar con nosotros o arreglará la avería que provocó en el coche de la rubia y se alejará a toda velocidad. Dado que sospecho ha matado a Hudson y además está convencida de que su amiga ha muerto, aquí ya nada tiene por hacer, máxime no pudiendo liquidarnos. Huirá, pues. Entonces saldremos y trataremos de localizar a alguien que nos ayude.

—Un buen plan, pero con un fallo. ¡No se muevan!

No hacía falta la última advertencia. Tanto Nelson como Vanessa Brett se habían quedado rígidos de golpe, ambos miraron al mismo punto y vieron a la mujerona enmarcada en el vano de la puerta que conducía al despacho-biblioteca, apuntándoles con la escopeta de doble cañón. Lo que aquello significaba no necesitaron imaginárselo, estaban listos. El tenía la pistola en un bolsillo de los pantalones, ella terminaba de atarle los extremos del nuevo vendaje. Si aquella mujer apretaba los gatillos, un huracán de plomo ardiente iba a destrozarlos sin remisión.

Pero no los apretó. Sin dejar de cubrirlos con la escopeta, avanzó despacio y miró a la compañera suya tendida en el sofá. Una mirada que tanto Nelson como la joven captaron y que puso un leve destello de esperanza en el negro abismo de desastre en que súbitamente habían caído.

—¿De veras está viva?

Latía una clara ansiedad en aquella pregunta. Respirando hondo, Nelson le contestó con medidas palabras:

—Eso parece. La señorita Brett se dio cuenta y hemos estado curándola en la medida que pudimos.

La mujerona volvió a mirales con fijeza. Parecía como desconcertada, perpleja.

—¿Por qué lo han hecho?

—Digamos que por solidaridad humana. A uno le inculcaron ciertos principios.

—Es un caballero andante, simplemente. Me convenció de que debíamos salvarla. Y ahora usted, naturalmente, nos matará.

La mujerona nada dijo. Cogió con una sola mano la escopeta, que en realidad parecía pesarle como si fuera de juguete, y los mantuvo cubiertos con el arma, se acercó más a su amiga y le cogió el antebrazo con extraordinaria delicadeza, tomándole el pulso.

—Sí, es cierto, vive... Yo la creí muerta, no respiraba, el proyectil le entró en pleno pecho...

Lo que había en su voz provocó sorpresa, desconcierto y mayor esperanza a Nelson. Probablemente también a su compañera de apuros.

—El proyectil debe haberle lesionado el pulmón, pero sin duda una costilla lo desvió, evitando que hiriera al corazón. De todos modos su estado es muy grave, tendrá que ser llevada cuanto antes a un hospital.

—No puede ser. Pero ella se salvará. Ahora sé que se salvará. De haber imaginado que aún vivía no me hubiera apartado de su lado, pero la creí muerta y estaba como loca...

—Salió a buscarnos para acabar con nosotros, ¿verdad?

—Sí. Con todo el mundo. Muerta Verushka ya nadie debía sobrevivirle... ¿Ya estaban dentro o llegaron luego?

—Estábamos dentro. Acabábamos de llegar, buscando ropas secas. Encontramos al cadáver de Birdle en el armario, por cierto. ¿Cómo diablos lo escamotearon?, y, puestos a todo, ¿cómo ha podido usted entrar? Cerré puertas y ventanas...

Una sonrisa no demasiado dura entreabrió la, por otra parte, bella boca de la mujerona.

—Ustedes, los capitalistas, tienen una gran tendencia a desdenar nuestros conocimientos, señor Nelson. Porque me ve grande y fuerte

me imagina pesada, torpe. Y no es así. Utilicé una escala de jardinero para llegar al piso alto y mis conocimientos para abrir una ventana sin hacer ruido. Desde el fondo del valle había visto brillar un poco de luz. Fue pura casualidad, pero comprendí que uno o varios de ustedes habían vuelto a la casa. Volví sobre mis pasos, comprobé que puertas y ventanas aparecían cerradas, entonces utilicé ese camino. Y así he podido sorprenderles. Les habría descerrajado dos perdigonadas sin más explicaciones, de no haber oído su conversación y descubierto a Verushka con el torso vendado. Eso salva sus vidas.

CAPÍTULO XIV

Toda una magnífica noticia... Nelson notó cómo se expandía con alivio el bello busto de la muchacha morena mientras él mismo respiraba igual. No obstante, aún quedaba tela que cortar.

—Es usted muy amable...

—Soy agradecida. Verushka es para mí más que una hermana, más que nada. Sé que ustedes dos son agentes de las potencias capitalistas y vinieron para lo mismo que nosotras, pero ese negocio ya terminó.

—¿De veras?

—Debieron oír los disparos, por eso vinieron a meterse de nuevo aquí. Nos tropezamos con un hombre en el valle, acompañado por un perro dogo. Sin duda amigo de ustedes, o de la rubia... A propósito, ¿dónde está ella?

—No tenemos ni la menor idea —mintió Nelson con absoluta desfachatez—. Cuando su amiga inició los fuegos artificiales, la señorita Brett y yo salimos muy aprisa, dejando aquí una buena batahola. Y luego bastante hemos hecho con evitar que volvieran a tomarnos como blanco.

—Ya. Tuvo que ser ese individuo, entonces. Yo la puse fuera de combate, quebrándole un brazo. Luego curé a Verushka las heridas superficiales que el proyectil de su pistola le causó, señor Nelson, y a esa rubia la subí a la habitación grande, atándola a la cama. No pensé que pudiera soltarse, con el brazo derecho roto por dos partes, la verdad. Pero debía llevar alguna hoja de afeitar, o un cortaplumas, encima, tampoco pensé en ello, la creía del todo inutilizada. Pudo liberarse y escapar. Hallamos señales de que a cierta distancia de aquí estuvo con alguien, que le curó el brazo y luego se la llevó hacia el río. Ibamos siguiéndolas cuando tropezamos con ese hombre. Disparó sobre Verushka y la alcanzó de lleno, pero inmediatamente le metí una perdigonada en plena cara. Su perro me atacó y lo maté del mismo modo. Luego sólo tuve pensamientos para mi amiga, el dolor me venció, embotándome el cerebro.

Volvió a mirar hacia la mujer malherida. Nelson hizo una pregunta muy suavemente:

—Así que son agentes secretos soviéticos...

—No voy a negárselo. Ese hombre de arriba, Birdle, se puso en contacto con nosotros, ofreciéndonos entregarnos a Arthur Richard Hudson a cambio de cien mil dólares australianos. Yo conocía a Birdle de antiguo, del tiempo en que trabajaba para nosotros, por eso el Mando me ordenó ponerme en contacto con él. Y como le conocía, no vine sola, traje a Verushka conmigo, también trajimos un perro especialmente adiestrado. Pero llegamos tarde, ya lo habían matado.

—Así que no fueron ustedes...

—No sea estúpido. Mientras no nos facilitara la captura de Hudson, dándonos su identificación y los medios de localizarlo, nos hacía falta vivo. Sin duda el muy cerdo jugó una vez más a dos paños, ofreciendo su información a una o varias potencias occidentales, los jefes de ustedes.

—El señor Nelson no es un agente secreto, camarada...

—Pueden llamarme Sonia, Sonia Salanina. No es mi verdadero nombre, pero sirve para el caso. Ya lo sé, y que usted sí es una agente secreto.

—Del Gobierno australiano.

—El no habría ayudado a Verushka, ni se lo habría pedido a usted, si perteneciera a nuestro oficio, a nosotros se nos educa para actuar de modo diferente. Sin embargo, estarán de acuerdo conmigo en que también somos seres humanos, con sentimientos humanos. Por eso yo no puedo ahora matarles.

—¿Qué hará, entonces?

—Llevarme a Verushka. Y a ustedes inutilizarlos para que no interfieran nuestra huida. Levántense. ¿Qué prefiere, que la golpee yo, o tender las manos y que el señor Nelson se las ate?

—Lo segundo, sin lugar a dudas.

—Está bien. Pero luego examinaré las ligaduras.

Diez minutos después, Vanessa Brett estaba atada hábilmente, de pies y manos, con los cordones de las cortinas, que Sonia Salanina había arrancado sin la menor dificultad.

—Mi consejo es que se quede tranquila. La vida es muy bella. Venga conmigo, señor Nelson.

—¿Adónde?

—No haga preguntas.

Mejor no hacerlas, desde luego, o aquella virago podía volverse atrás en sus buenos propósitos...

Le llevó arriba, encendiendo las luces una tras otra, y lo hizo meterse en la habitación principal, donde el cadáver de Birdle continuaba como cayó al abrir Nelson el ropero. Ella apenas si tuvo una mirada desdeñosa para aquel fiambre.

—Era un cerdo. Bastante bueno como espía, pero un cerdo con mentalidad capitalista.

—Oiga, ¿por qué no me aclara unas cuantas facetas de este condenado enredo? Le juro que me da vueltas la cabeza y hasta tengo fiebre, no he parado de sufrir sobresaltos, recibir golpes y heridas, desde que en mala hora se me ocurrió venir aquí a pedir ayuda...

La rusa estaba mirándole de un modo bastante especial y un tanto inquietante.

—¿Qué quiere saber?

—¿Fue usted quien me golpeó al entrar en el *living*?

—Sí. Su aparición cuando acabábamos de descubrir muerto a Birdle nos resultó de lo más sospechosa, pero matarle hubiera sido estúpido. Resultaba un buen carnero emisario.

—O sea, que pensaron colgarme ese muerto...

—Era lo mejor. Mientras yo permanecía aquí, registrando la casa en busca de algo que pudiera servirnos, Verushka cogió el coche y fue a comprobar si usted había dicho la verdad. Descubrió que así era y halló fácilmente la avería, le echó un cable de amarre y lo arrastró hasta un lugar donde lo dejó metido a cierta distancia de la carretera, cuando vimos llegar a esa joven de abajo. Su llegada cambió nuestros planes y sobre la marcha hicimos desaparecer el cuerpo de Birdle, envolviéndolo en una manta, atándolo a la soga del pozo que sirve para irrigar la finca y dejándole allí dentro. Luego fuimos a por el coche de esa agente australiana y nos alejamos hacia Blenheim. Desde lo alto de una curva, al lado opuesto del valle, descubrimos las luces de otro automóvil que iba en esta dirección. Eso nos llevó a rectificar planes otra vez, volvimos sobre nuestros pasos, pero como usted ya conocía a Verushka ella se quedó fuera, estropeando el vehículo de la rubia,

mientras yo me hacía pasar por hermana del propietario de la casa. ¿Algo más?

—Pues... La verdad es que sólo sé lo que la señorita Brett me ha contado. ¿Tan importante es ese tipo Hudson?

La rusa vaciló. Poco tiempo.

—Sí. Y no sólo para nosotros, sino también para las potencias capitalistas. Un hombre grande, en este difícil y arriesgado mundo nuestro, señor Nelson. Grande para todo, incluyendo la traición. ¿Qué le ha contado la señorita Brett?

Escuchó lo que Nelson decidió decirle con aire pensativo, luego habló ella:

—No le ha mentado, aunque no le dijo toda la verdad. Sospecho que tuvo noticia de la traición de Birdle y se nos adelantó, asesinándolo y dejando que esa joven lo encontrara al venir a tratar con él. Pero es el caso que nosotros no hemos podido localizarlo, aunque nos consta que reside en esta zona. Ahora volverá a escabullírsenos y habrá que comenzar de nuevo... Desnúdese.

Nelson estaba del todo desprevenido. La súbita demanda le hizo respingar.

—¿Que..., que me desnude? ¿Para qué?

—Usted se ha portado muy bien con Verushka, quiero pagarle ese favor, no me gusta dejar deudas atrás. Vamos, obedezca, no perdamos tiempo.

—Pero...

—Antes le oí decir que me consideraba tan buena como cualquiera de las otras dos, la morena y la rubia. ¿Estaba mintiendo?

—Pues... No, claro que no...

—Eso me pareció. Y yo también le dije algo. Ahora voy a demostrárselo cumplidamente y de paso comprobaré si sus obras corresponden a su galleo pistola en mano.

De todas las posibilidades que Nelson hubiera podido imaginarse dentro de aquella trepidante aventura nocturna, aquélla era, sin lugar a dudas, la que estuvo siempre más lejos de su imaginación; tan lejos que ni se le había pasado siquiera por las mientes.

Pero allí estaba, delante de aquella potente hembra perteneciente al Servicio Secreto soviético y venida a atrapar a un famoso superespía a toda costa; allí estaba, con su brazo mordido hasta el hueso por los feroces dientes de un perro pastor alemán y, de propina, con un

par de perdigones gruesos en el cuerpo, que nadie se había molestado en curarle porque a él mismo, con el mayor dolor de las otras heridas y todo lo restante, se le había olvidado indicar que los llevaba dentro molestándole; allí estaba, con indicios de fiebre, aspeado, zarandeado, mirando a los ominosos cañones de aquella maldita escopeta cargada con postas de caza mayor... y afrontando la situación más condenadamente insólita que a un hombre normal se le pudiera presentar. A ver cómo salía de ella.

Sonia Salanina depositó cuidadosamente la escopeta contra la pared. Y sonrió con una sonrisa realmente cálida, amistosa, simpática. Sus grandes, pero al tiempo bien cuidadas manos, se le acercaron. Y, condenación, eran cálidas, suaves, del todo femeninas. —Estás alirroto y nervioso, *liuboviezhni* —su tono y su mirada eran los de una madre tierna ayudando a su hijito a meterse en la cama—. Deja, yo te ayudaré.

Aquellas manos habían quebrado por dos lados el brazo de la mujer rubia y antes, a él mismo, lo habían puesto de un solo golpe fuera de combate. Con un solo brazo, él no podía ni siquiera soñar en tenérselas tías en una pelea a mano limpia a tan potente amazona. Así que pecho al hecho y de tripas corazón, no había otro remedio...

Después de todo, y si uno lo miraba bien, aquello era muchísimo mejor que recibir una perdigonada de postas gruesas en plenas narices, ¡qué caramba! Y tampoco nadie se iba a enterar...

CAPÍTULO XV

Vanessa Brett permanecía donde la dejaron. Evidentemente hizo lo que pudo para soltarse, pero a todas luces no lo consiguió, el repaso que la rusa dio a sus ligaduras fue más que suficiente. Sus bellos ojos estaban sobrecargados de recelosas sospechas y cuando Nelson osó mirarla se dio cuenta de que ella no andaba muy descaminada. Condenadas mujeres, qué mal pensadas son siempre, y siempre por el mismo rumbo...

Sonia Salanina traía la escopeta bastante más al desgaire que cuando abandonaron el *living*. Se fue derecha a examinar a su amiga, y a comprobar su estado. Evitando la mirada de Vanessa Brett, Nelson se le acercó y también miró.

Le pareció, que aquella pobre mujer estaba ya en el otro barrio, pero la rusa, que le tomaba el pulso, dijo con clara alegría, aunque contenida:

—Aún vive. Y vivirá.

Luego se volvió para afrontarlos. Había cambiado de un modo que a la Brett resultó mucho más perceptible de lo que Nelson imaginaba.

—Voy a cumplirles mi palabra. Me llevaré a Verushka inmediatamente, dejándoles aquí. Siéntese ahí, Nelson.

El obedeció dócilmente, y del mismo modo se dejó trabar, sólo por los hombros y el brazo sano. Las ataduras eran firmes, pero no crueles. Vanessa Brett no despegaba los labios, ni les quitaba ojo, acusadora.

Terminada aquella tarea, la rusa acercóse a su compañera y procedió a cubrirla con una blusa que había tomado del bien surtido guardarropa de la alcoba principal, luego con un jersey de punto. Era extraordinaria, fascinante, la delicadeza y la destreza con que aquella mujer manipulaba a su amiga. Como una niña vistiendo a su muñeca favorita...

La alzó en sus fuertes brazos como si no pesara, echándosela sobre el grande y no precisamente blando pecho.

—Quédense tranquilos, por favor.

Qué remedio... Vanessa Brett se contuvo, exactamente, hasta que

oyó salir a la rusa de la casa.

—¿Quiere decirme qué han estado haciendo ustedes durante cerca de dos horas?

Latía una fortísima, irritadísima desconfianza acusativa en su voz y estaba en sus ojos también. Nelson tragó saliva y trató de explicarse:

—Bueno, verá... Yo... Ella... Ocurre que...

—¡No necesita decírmelo, ya me lo imagino! ¡Debería darle vergüenza, señor Nelson!

Así suelen ser las mujeres, el colmo de la subjetiva incomprensión.

La rusa estuvo de vuelta poco después. Procedió a soltarle el brazo sano a Nelson y le habló con amistosidad.

—Puede quedar libre en pocos minutos y su amiga también. Pero no han de poder utilizar ninguno de los coches que andan por aquí cerca, se lo advierto. Necesito un par de horas para llegar con Verushka a un punto donde ella será atendida debidamente y ambas nos encontraremos a salvo de molestias por parte de los amigos de usted, señorita Brett, o como se llame. A cambio de su vida, no me parece pedirle demasiado.

Vanessa la miró con un antagonismo que tal vez obedeciera a motivos profesionales.

—No puedo prometerle nada...

—Yo sí —apresuróse a cortarle Nelson—. Déjela a mi cargo, en un par de horas no interferirá su fuga.

La mirada de Vanessa lo fulminó. La rusa sonrió, comprensiva.

—Es usted un gran muchacho, señor Nelson. Un hombre como a mí me gustan... De acuerdo, fío en su palabra.

Y eso fue todo. Salió y al poco pudieron oír el ruido del automóvil alejándose. Entonces, mientras Nelson se desataba despacio las piernas, Vanessa Brett volvió a estallar:

—¡Es usted un traidor, y un tal y un cual...!

El la dejó desahogarse, no se sentía con fuerzas para entablar polémicas verbales. Pero cuando ella le vio de pie, ir a llenarse una copa de licor y tomársela despaciosamente, en vez de desatarla, se puso de veras frenética.

—¿Pero es que no me va a desatar?

—Cuando me prometa no cometer tonterías y tranquilizarse.

—¡Me las pagará! ¡Le voy a...!

—Entonces se va a quedar aquí rumiando los inconvenientes de la falta de ecuanimidad mientras voy a buscar a esa pobre muchacha rubia. Estoy seguro de que ella será mucho más dócil y comprensiva.

—¡Como ese mastodonte soviético! ¡Usted es un sátiro, un degenerado, un perfecto indeseable!

Pero cuando él apuró la copa y le vio hacer ademán de abandonarla plegó velas.

—¡Está bien, usted gana! Después de todo no tenemos ningún medio de detenerlas...

—Eso está mejor. ¿Sin rencores?

—Ha sido una estúpida reacción nerviosa. Desátame.

El lo hizo calmamente. Además, con una sola mano, pues apenas si la hinchazón del antebrazo izquierdo y el dolor de las heridas le permitía utilizar la otra, no podía ir aprisa. Vanessa aguantó en silencio y de igual modo se desató las piernas, incorporándose y fregándose las muñecas, las pantorrillas. Ni le miraba, desdeñosa y fría.

—¿Le apetece un trago?

—Puedo preparármelo yo misma.

—Veo que sigue enfadada...

—Olvídelo. Usted no se merece tanto, ni vale tampoco la molestia de tomarlo en serio.

Como si él acabara de hacerle la más indecente de las proposiciones se movió hacia el bar y se preparó su combinado favorito, apurándolo a lentos tragos.

Mientras, Nelson volvió a llenarse la copa y encendió un cigarrillo para entonarse, pues de veras lo necesitaba. Estaba débil y como embotado. Ella se negaba obstinadamente a mirarle, pero al fin dijo, gélida:

—¿No va a buscar a la rubia? Probablemente ella no le hará ascos a lo que esa gorda haya dejado.

—Es usted cruel. No admite que una *entente cordiale* pueda habernos sido, a la postre, mucho más beneficioso que continuar a tiros.

La mirada de la muchacha lo volvió a fulminar.

—Naturalmente, es hombre...

—Gracias a Dios, sí. Resultaría todo un problema si ahora cambiara

de sexo.

Decididamente, ella no estaba considerándolo gracioso. Apuró su bebida, dejó el vaso y caminó hacia el vestíbulo. Nelson se dio prisa en imitarla.

—Son las cinco y seis minutos, afuera debe ya clarear.

Del todo. Prácticamente era de día. Y al abrir la puerta vieron a la rubia que, pistola en mano, estaba llegando fatigosamente. Fue una suerte que ya hubiera la suficiente luz diurna, porque apuntó al oír abrirse la puerta y no disparó de milagro, al gritarle Nelson con sobresalto:

—¡Eh, cuidado!

Estaba helada, agotada, febril, con tremendas ojeras de la cara blanca.

—Oí marcharse un automóvil, pero aguardé hasta que hubo más claridad. ¿Qué ha sucedido?

Escuchó la concisa explicación que le dio Nelson con gesto reconcentrado, mientras Vanessa Brett, hosca, no le quitaba ojo.

—Han tenido mucha suerte, si ha sido como dicen. En efecto, ella mató a Hudson. Lo he encontrado al lado de acá del río, entre las hierbas, le destrozó la cara de una perdigonada. Tal vez por eso no lo reconoció después, tomándolo por algún compañero nuestro.

—Si tiene la cara destrozada, ¿cómo sabe usted que se trata de él?

Lo había preguntado Vanessa con clara desconfianza. La rubia se lo dijo no menos fría:

—Olvida que estuve casada con él dos años. Conozco perfectamente cada centímetro cuadrado de su piel.

La respuesta de Vanessa Brett fue un inequívoco mohín, de lo más femenino. Nelson intervino, conciliador.

—Vamos a la casa. Si ese Hudson está muerto, y las dos agentes rusas se marcharon, ya no corremos peligros ni tenemos prisa. Usted está helada y agotada, necesita descansar y reponerse.

—Creo que además de todo he atrapado un enfriamiento...

La metieron en la casa, llevándola al vestíbulo, y Nelson le sirvió una generosa cantidad de *whisky*.

—Tome, esto la reanimará.

—Gracias...

—Creo que lo mejor será que se cambie de ropas. Arriba en la alcoba grande, además del cadáver de Briddle hay un guardarropa

femenino bien surtido. Se da unas friegas con colonia y se pone ropas secas. Mientras yo iré a la cocina y trataré de preparar un sustancioso desayuno, creo que a los tres nos sentará muy bien, ¿no les parece?

Vanessa Brett le miró de reojo, llena de irritada desconfianza. La rubia estaba demasiado agotada, por lo visto...

Las dos emprendieron camino escalera arriba y se perdieron de vista. Nelson estaba silbando una alegre y desenfadada canción. Desde lo alto, vio a Vanessa Brett volverse a mirarlo y le envió un gesto risueño, luego se encaminó a la cocina...

Apenas tres minutos después salía de la casa y corría como un gamo a través de la terraza, descendiendo veloz a la ladera arbolada y herbosa de la colina.

Desde luego no parecía tener ninguna fatiga. Sólo era una apariencia porque ciertamente estaba fatigado, pero ahora los minutos tenían una gran importancia para él.

Necesitó cierto tiempo para dar con los cadáveres del hombre y su perro. Estaban como a un tiro de piedra de la margen del río y a unos trescientos metros escasos de la casa, entre dos sotillos de árboles jóvenes.

Ni la rusa ni la rubia habían mentido. El hombre se encontraba caído boca arriba, de forma descoyuntada, con toda la cara convertida, así como el cuello, en una repugnante masa sanguinolenta. Debía haberle alcanzado de lleno la perdigonada, disparada con excelente puntería desde el borde del sotillo, a unos ocho pasos de distancia. Los gruesos perdigones de caza mayor, al no haberse apenas expandido, tuvieron un efecto terrorífico. A medio camino entre el cadáver de su amo y el sotillo yacía un magnífico perro de pastor alemán, no menos destrozado. Desde luego, aquella vez Sonia Salanina no falló.

El cadáver del hombre había sido concienzudamente registrado. Y las huellas a su alrededor, en la tierra húmeda y la hierba, le dijeron a Terry Nelson quién practicó aquel registro.

Pero él no se entretuvo demasiado en tal minucia. Todo lo que hizo fue realmente extraordinario, lindando con lo absurdo. Descalzó al muerto, le quitó también los calcetines, le alzó los pies y le miró las plantas y talones. Exactamente las plantas y los talones...

Luego, con la más complacida de las expresiones, volvió a ponerle

los calcetines y los zapatos al muerto, dio media vuelta y retornó a toda prisa a la casa, procurando mientras lo hacía pasar desapercibido para quienquiera que pudiese estar vigilando desde ella.

CAPÍTULO XVI

—Traidor, cínico, inmoral...

—No rebajo ni un dólar.

—Un perfecto canalla...

—Cien mil, al contado, en el Banco que indiqué y con las garantías que marqué.

—Ya están allí. Y aquí traigo esas garantías.

—Permítame examinarlas.

—Antes deme esa lista.

—Primero veré esas garantías. Soy un traidor, cínico e inmoral granuja, que no se fía de nadie.

Centelleaban de furia los ojos de la muchacha. Abrió el bolso, no obstante, y extrajo un largo y abultado sobre de papel recio, que le tendió a su interlocutor como si él estuviera apestado.

La cordial y amigable entrevista tenía lugar en un establecimiento de lujo destinado a la expansión de la gente elegante de la hermosa ciudad de Christchurch. Christchurch ha sido calificada como «la ciudad jardín» y «la ciudad más inglesa fuera de Inglaterra», mereciéndose de veras ambos calificativos. El mencionado establecimiento está en una esquina, en la plaza de la Catedral, frente a los establecimientos De Reszker y a corta distancia de los almacenes de Woolworths, que allí sólo ha podido edificar un razonable edificio de cuatro plantas.

Terry Nelson llevaba un tiempo convertido en plácido habitante de tan bella ciudad y, al parecer, juzgando por su aspecto, le sentaba muy bien. Ahora tomó despaciosamente el sobre, lo abrió y se enfrascó en la atenta lectura de los documentos que contenía, mientras ante él una gélida, despreciativa y furiosa Vanessa Brett no le quitaba ojo. Ella, por cierto, estaba guapísima.

—Huummm... Parece que sí, están en orden.

—Nosotros solemos actuar con honradez, cosa que, desde luego, usted no sabe lo que significa. Deme esos datos, vamos.

—Pero no tenga tanta prisa, mujer. Tomemos tranquilamente una copa charlando de nuestras compartidas aventuras, contándonos

cosas del tiempo que no nos vemos...

—Usted me apesta, señor Nelson.

—Diablos, eso es grave. Estoy seguro de haberme bañado con colonia razonablemente olorosa, pero...

—Sabe muy bien a qué me refiero.

—Ah... Bueno, para un agente secreto no debería ser motivo de tanta cólera tratar a un pillo. Porque admito que soy un poco sinvergüenza...

—¿Un poco? Es muy generoso al autocalificarse.

—Vamos, vamos... Ésta es una transacción amistosa. Pude actuar como Birdle.

—Es demasiado listo, no quiere terminar como él. Y aún no estamos seguros de que no lo haya intentado. Pero ha sido vigilado de cerca desde que hizo esa indecente oferta.

Entonces habrán podido comprobar que mi vida y comportamiento han sido de lo más honestos. No me he emborrachado ni una sola vez, no he tenido ni una sola aventura amorosa...

—¿Qué me dice de esa americana?

—¿Susan? Pobrecita. Estaba agradecida conmigo, eso es todo. Y con un brazo escayolado hay cosas que una mujer de buen gusto no hace, menos aún si el caballero lleva también el suyo en cabestrillo.

—Buen par de...

—Además, ella ya está de vuelta en su gran país. Y usted aquí. ¿Sabe que lo puse como condición imprescindible del trato?

—Sé todo lo que debo saber, incluidos su vida y milagros.

—Vaya por Dios. Eso me coloca en franca desventaja, pues de usted sólo sé que es preciosa, muy irritable, nada generosa, menos comprensiva...

—¡Basta! Deme esas listas.

—Naturalmente, no las traigo en el bolsillo.

—No trate de embaucarme, señor Nelson, ni de hacer otra de sus sucias jugadas, se lo advierto. No se saldrá con la suya.

—Pero si no trato de hacer nada, es que usted no me deja hablar. De acuerdo, soy un fresco y un vividor, tuve que salir corriendo de Inglaterra porque mis deudas eran muchas y mis deudores se habían vuelto intratables, tan poco comprensivos como usted.

—Ahórrese las explicaciones.

—De acuerdo. Sabe que no estoy fichado por la policía británica,

que no he robado, ni menos dado muerte a nadie. Admito que me valí de medios un poco heterodoxos para conseguir el dinero que me permitió llegar hasta esta paradisíaca isla en busca de un plácido y confortable refugio; pero ése no es tan gran pecado, máxime cuando los perjudicados fueron un puñado de verdaderos granujas en gran escala, uno de ellos muy honorable pariente mío. ¿Es por eso...? No, no es por eso. Es porque está convencida de que aquella noche la estuve engañando desde el principio.

—¿Y no fue así?

—No. Al revés que todas ustedes, las estupendas agentes secretas decididas a conseguir a toda costa el botín ahora digamos en mi poder, yo no tenía ni la menor idea de lo que se cocía en aquella casa aquella hermosa tarde. Yo actué al pronto con absoluta ingenuidad...

—A otro perro con ese hueso. Fue allí a tiro fijo, de algún modo llegó a conocer el asunto...

—Que no, mujer, que no; que todo obedeció a una dichosa casualidad.

—No me lo creeré aunque me lo jure sobre la Biblia.

—Pues no se lo juraré. Usted sabe que Birdle usaba lentillas de color distinto al de sus ojos...

Ella se puso ligeramente rígida tras de su gélido antagonismo.

—¿Qué quiere decir?

—Algo extraordinariamente complicado, pero que debería ser muy inteligible para ustedes, los agentes secretos. Birdle lo había sido. Y en cierta ocasión perdió la visión del ojo izquierdo, sin duda a causa de alguna de sus hazañas...

—Hace diez años, en el Japón, de resultas de una herida de bala.

—Vi la cicatriz. El hombre se puso un ojo artificial muy bien imitado y encima del mismo una lentilla de otro color. Cuando lo encontré tras recibir el porrazo que me atizó Sonia Salanina, tenía ambos ojos abiertos. Al examinarlo me di cuenta en el acto de la doble anomalía, imagino que tal vez yo sea más agudo... o acaso obedezca al hecho de que mi padre era oftalmólogo y me crié en ese ambiente, lo cual, por cierto, me hizo abominar de la Medicina como profesión. El caso es que me pregunté por qué condenadas razones un hombre se pondría una lentilla encima de un ojo artificial. Se la quité y la examiné al trasluz. Tengo excelente vista y

he visto cientos, miles, de lentillas en el laboratorio de mi padre. Me pareció que aquélla no era exactamente una lentilla normal; entonces se me ocurrió quedármela. La metí dentro de un trocito de miga de pan previamente manipulada y me la guardé donde menos se le ocurriría a nadie ir a buscarla, un lugar que, por pudor, no concretaré. Luego de llevarme la lentilla, cerré piadosamente los ojos al cadáver de Birdle. En el peor de los casos, sólo podían pensar que su muerte violenta hizo desprenderse y caer al suelo la lentilla...

—¿Quiere decir que en ella iba la lista?

—Sólo la indicación del punto concreto en que Hudson ocultaba sus famosas listas de espías de las principales potencias mundiales.

—Ya. Un microfilme...

—Pegado hábilmente a la parte interior de la lentilla sobre el ojo artificial. El artesano copiando al artista y éste, por egolátrica vanidad, ni sospechándolo. Hudson llegó decidido a liquidar al que habiendo obtenido su total confianza o poco menos, hasta el punto de confiarle su gran secreto, decidió traicionarlo. Lo cogió por sorpresa, le pegó cinco tiros y preparó la *mise en scène* para usted. Pero en vez de llegar usted lo hicieron las dos rusas con otro perro pastor. Naturalmente, ellas conocían lo del ojo artificial, pero debieron pasarlo por alto por las mismas razones de Hudson. Además, que yo llegué inmediatamente y comencé a embrollarlo todo, sin saberlo al pronto. Si después advirtieron la desaparición de aquella lentilla no debieron concederle importancia o debieron pensar que se había caído en todo el tejemaneje que se habían llevado con el cuerpo de Birdle.

—Démelo.

—Espere. ¿De veras no quiere saber mis razones para actuar como lo he hecho?

—No.

—Pues aún así, se lo diré. Me encanta esta isla, me agradan esta ciudad y su ambiente. En estas pocas semanas me he dado cuenta de que es justo lo que necesito. Ya cumplí treinta y dos años, una excelente edad para iniciarme en la vida tranquila...

—Y para eso traiciona y exprime a su propia patria...

—Sólo al Gobierno conservador. Yo soy laborista. Y el fisco es mucho más despiadado que yo con los contribuyentes.

—Cínico...

Honrado y sincero en mis opiniones. ¿Sabe qué haré con esos cien mil dólares? Adquiriré una bonita casa en las afueras con un jardín, ni muy grande ni muy pequeña la vivienda. Justo lo que puede necesitar un matrimonio con dos o tres hijos. Porque pienso casarme, señorita Brett.

—Pobre de ella. ¿Alguna de las inocentes doncellas de Christchurch? ¿O acaso la sin duda muy experta Susan Casey? Siempre no va a tener el brazo roto y escayolado.

—No, con ella no. Y la verdad es que me gusta mucho, pero... voy a casarme con usted, Vanessa.

Ella no evitó, no pudo, un respingo. Y abrió la boca para replicar, una réplica sin duda violenta a juzgar por el súbito centelleo de sus ojos. Pero Nelson no le dio tiempo.

—Aguarde, luego estallará. Me he enamorado de usted como un idiota, como un loco. Soy un pillo simpático, un fresco de moral muy amplia y todo lo que usted quiera, pero usted me puede hacer cambiar. Ahora voy a comprarme esa casa con jardín y a amueblarla a mi gusto, para sentarme a esperar su decisión. Quiero una vida razonablemente tranquila, una mujer razonablemente enamorada y dulce, unos hijos bullangueros y sanos que se críen en paz. Me gustan esta ciudad, esta isla, si puedo no volveré a salir de aquí. No me interesan los agentes secretos, las aventuras trepidantes, los riesgos de muerte y todo eso. Ya tengo lo que necesitaba para hacer realidad mis sueños, el modo cómo lo he conseguido no me quitará el sueño. Y piénselo, usted y sus jefes estaban dispuestos a pagarle esa suma a Birdle, que sí era un granuja completo, y un traidor. ¿Es tan repugnante para su paladar que yo me beneficie en vez de Birdle? Por otro lado, no tengo ninguna culpa en haberme enamorado de usted como un colegial. Hice cuanto pude, palabra, para olvidarla. Incluso ha faltado un pelo para que me fuera con Susan. Ella sí quería, y aún me está esperando, me lo ha dicho...

Estaba utilizando toda su experiencia, porque iba en serio. Vanessa Brett le miraba ahora como quien no puede dar crédito a sus oídos y sus ojos, pero desde luego su furia había desaparecido.

—Usted es... increíble... —dijo; y fue, desde luego, una desconcertante, hasta cierto punto asombrosa, afirmación.

—Puede. Y usted condenadamente atractiva, al menos para mí. También una amazona moderna, llena de energía, dinamismo y agresividad, que desprecia a los hombres y se considera muy capaz de pasarse sin ellos; al menos eso aparenta. Pero por si se trata sólo de una apariencia, le estoy hablando así. Termine con este asunto, entregue a sus jefes esas malditas listas, abandone ese maldito servicio secreto y vuelva aquí, conmigo, a mi casa, para amueblarla y decorarla como le de la gana, tratar de volverme del revés y manejarme a su placer, igual que hacen o al menos intentan las mujeres normales con sus maridos. Le apuesto a que no lo consigue, pero una mujer de veras lo intentaría. Después de todo, ni física ni espiritual o intelectualmente estoy tan mal.

—Sí, es increíble... Deme esas listas.

—Vaya a buscarlas usted misma. Están en el cementerio de Blenheim.

—¿Cómo?

Vanessa Brett no pudo evitar el casi grito, que hizo mirar hacia ellos a algunos de los otros —pocos— clientes del local. Se dominó veloz, pero sus ojos habían vuelto a llenarse de cólera, y de desconcierto. Terry Nelson asintió, irónico y divertido.

—Sí, mi adorada enemiga, y Dios quiera que algo mucho más agradable en un futuro próximo; lo que ustedes buscan con tanto ahínco, y por lo que me acaban de pagar cien mil dólares australianos, les espera en ese cementerio. Exactamente en los talones de Arthur Richard Hudson.

—No..., no será una broma...

—De ninguna manera. ¿Recuerda aquel incidente que tanto le pareció molestar? Las dos horas que pasó amarrada mientras Sonia Salanina y yo sosteníamos una calurosa entrevista no precisamente de negocios. Qué mujer, aquella rusa... Extraordinaria, de verdad.

—¿Qué pasó?

—Pues que mientras ella se arreglaba yo aproveché la oportunidad para meterme en aquella habitación que, usted sabe, era un bastante completo laboratorio fotográfico. ¿Recuerda que también había un excelente microscopio bifocal? Tuve que tragarme el dolor de mi brazo, pero pude meter la lentilla de Birdle en el portamuestras del microscopio y leer lo que allí había escrito. Así me enteré del secreto de Hudson. Sencillo, eficiente, perfecto, genial.

Poner en sendos microfilmes esas listas e injertárselos dentro de la gruesa piel que todos tenemos en ese lugar. No había posibilidades de rechazo ni a nadie se le iba a ocurrir buscárselos allí. Ya lo dije, genial. Lo que a Hudson no se le pudo ocurrir fue que Sonia le desharía la cara de una perdigonada aquella noche y, por eso, pudo ser enterrado como «desconocido asaltante de la casa del señor H.

C. Jewell»,

sin que a nadie se le pudiera ocurrir que era el propio H.

C. Jewell.

A propósito, ¿ya la viuda ha regresado?

Vanessa Brett había ido cambiando lentamente de mirada y expresión, ahora eran en verdad indefinibles, indescifrables. Comenzó a levantarse, pero despacio, y contestó con muy otro tono de voz:

—Hace tres días. No tiene la menor idea de dónde pueda estar su marido. Lo más probable es que ponga en venta esa propiedad.

—Vaya... Si el precio es razonable tal vez la compre yo. Me gustaría mucho vivir allí, de veras.

—A lo peor, tiene esa suerte. Ya cuenta con cien mil dólares australianos.

—Eso es verdad. Supongo que se marcha a comprobar la veracidad de mi información.

—Exactamente. Y por su bien, Terry Nelson, procure que todo cuanto ha dicho sea la verdad pura. Pues si así no fuera...

—Yo sería el más perfecto de los idiotas. Apresúrese, antes de que Hudson hieda demasiado.

—Ésa no será mi tarea. Yo me ocuparé de llevar personalmente esas listas a nuestra central.

—Le deseo buen viaje y mejor suerte. ¿La acompaño?

Ya tengo acompañantes. Usted se queda aquí.

Vanessa fue a la salida, pero de repente se volvió y añadió, con un tono y una mirada absolutamente femeninos:

—Quiero la casa junto al río y con una vista despejada. Y con un buen jardín. Pero no se le ocurra amueblarla hasta mi regreso, o le romperé en la cabeza todos y cada uno de sus muebles.

Terry abrió la boca para decir algo, pero ella no se lo permitió. Ligera y grácil salió del local, mientras los otros parroquianos y los empleados le miraban a él y sonreían, comprensivos.

Sonriendo también, Terry Nelson volvió a sentarse, sacó tabaco, encendió un cigarrillo, le dio un par de chupadas con plácida fruición y llamó a la joven, aunque no demasiado linda, camarera, solicitándole cuando llegó:

—Otro *whisky* con soda, por favor.

Luego se dedicó a rumiar sueños azules. Estaba en su derecho y tenía todos los motivos del mundo.

FIN



Cliff Bradley nació en España.

La persona oculta detrás de Cliff Bradley no es otra que Jesús Navarro Carrión-Cervera.

Junto con José Mallorquí, Jesús Navarro Carrión-Cervera ha sido uno de los más activos autores de literatura pulp que trabajaron en el medio cinematográfico.

Según los datos recogidos en la imdb, Navarro participó directamente en el guion de media docena de films, a los que hay que añadir la traslación de al menos dos de sus bolsilibros a la gran pantalla. La popular base de datos le acredita igualmente como autor de diálogos adicionales para la mítica «La noche del terror ciego», primera entrega de la célebre Tetralogía de los Templarios de Amando de Ossorio, aunque yo al menos no he podido verificar esta información. En el aspecto literario, publicaría más de quinientas novelitas entre 1947 y 1985, con sus distintos seudónimos (Cliff Bradley, John Palmer, Jeff Lassiter y Jess McCarr en el western y en el género policiaco y como Jesús Carrión o Jesús Navarro en la novela romántica).

Jeff Lassiter fue el seudónimo que empleaba habitualmente en las colecciones FBI y Agente Federal, ambas de Rollán, mientras que

Cliff Bradley fue el alias empleado en Bruguera en las colecciones servicio secreto y punto rojo.

De terror escribió un buen número de novelas para esa terror (Editorial andina) y Terror Rollán, siempre como Jeff Lassiter. Para Selección Terror de Bruguera no escribió curiosamente ninguna.

Utilizó los

ALIAS:

- Cliff Bradley.
- Jeff Lassiter.
- Jess mcCarr.
- Jesús Carrión.
- Jesús Navarro.
- John Palmer.